

POR UN SACERDOTE
CATOLICO CONVERTIDO
DEL PROTESTANTISMO

BOGOTA
1958

Digitalizado com CamScanner

Con licencia eclesiástica

Este folleto se vende a beneficio
de la construcción del

CENTRO MARIANO NACIONAL DE COLOMBIA

Ya hace muchos años que viajé un día en uno de estos tranvías abiertos de Bogotá, de norte a sur. Estaba rezando mi breviario, cuando una mano por encima de mi hombro me alcanzó una hoja de propaganda protestante. La miré, me volví para atrás —y ví al R. P. X quien no hacía mucho había apostatado de la Iglesia Católica, para volverse ministro protestante—. Me dijo: "Lea esto, Padre, en lugar del breviario". Le contesté: "Reverendo Padre, yo comencé donde usted termina hoy. Ojalá que S. R. fuese tan feliz con sus hojas como yo con mi breviario!".

En efecto, después de una juventud protestante al comienzo de mi vida, llegué a encontrar la verdad y me convertí a la Iglesia Católica. Fue largo el camino: desde aquellos años en que nuestros mismos profesores de Religión en el colegio nos destruyeron la fe por la exposición de los principios fundamentales y disolventes del protestantismo a aquellos otros años en que uno, sintiéndose huérfano en este mundo, andaba largas horas en el paisaje invernal en la costa del Mar Báltico, sin fe, sin fundamento para una vida moral, sin esperanzas. Crujía la nieve debajo de las botas al andar, los árboles extendían el tejido de sus ramas privadas de su follaje hacia el cielo oscuro en que titilaban las estrellas, echando su reflejo sobre las olas del mar que se rompían incansablemente contra el muelle. ¡Cómo recuerdo estas horas desconsoladas sin fe! Y no hubo sino una esperanza en esas horas ¿Sabéis cuál fue esta esperanza? El Santo Rosario que desgranaba en los bolsillos del sobretodo grueso, sin entender siquiera todavía bien los misterios que se referían a la Virgen Santísima. Todas estas oraciones se decían con cláusulas condicionales: "Oh Dios, si existes, hazme creer en tu existencia". "Oh Dios, si esta naturaleza con su belleza y grandeza es realmente reflejo de tu existencia, hazme encontrar la verdad sobre Tí".

Digitalizado com CamScanner

Perdida la fe, había vagado por todas las sectas y me salí desilusionado de los salones donde se reunían los Adventistas, los Testigos de Jehová, el Ejército de Salvación. No quedaba sino una iglesia por probar: la católica, pero contra ella el corazón estaba lleno de prejuicios. El Papa de Roma, los Santos, las indulgencias y ¡esta María a quien los católicos adoraban! Cómo se rebeló el corazón contra la mera posibilidad de que esa iglesia podría ser la poseedora de la verdad religiosa para la humanidad. "Oh Dios, abre en mi corazón un camino hacia la verdad".

Más tarde vinieron las clases de enseñanza en esta religión; no olvido a aquel sacerdote venerable que luchó por mi alma. Vino la desconfianza del Obispo católico para con el neófito, vinieron los años del Seminario, el momento en que la Iglesia no encontró inconveniente en ungir mis manos e imprimir en mi alma este carácter indeleble del eterno sacerdocio, vinieron las amargas horas de sacrificio, la pérdida de la tierra natal, pero nunca volvieron horas tan desconsoladas como aquellas del invierno de 1922.

Y ahora, este sacerdote apóstata me entregó la pobreza de esta hoja protestante! Más tarde me tocó, estando al servicio de la Curia Metropolitana, ayudarle a que pudiera reingresar a la Iglesia abandonada, para poder morir en paz y en el abrazo de la verdad católica! Los caminos de Dios! "Mi Padre, yo comencé donde usted terminó".

Habiéndoseme pedido en meses pasados estas conferencias sobre el problema protestante en Colombia, considero oportuno ponerlas en forma de este folleto al conocimiento de más amplios círculos del catolicismo colombiano para que forme su criterio sobre la pobreza espiritual y religiosa del protestantismo, y aprecie mejor la riqueza de la religión tradicional de este país amado de Dios y de la Virgen.

I

Como no basta dirigir la máquina fotográfica hacia un objeto determinado, sino para sacar un retrato nítido, hay que ajustar a la vez la lente en su foco, así tampoco se puede enfocar de manera precisa y exacta una situación compleja de nuestro ambiente con una mirada superficial, con métodos anticuados o usando las malas lentes del prejuicio. Enfocar el problema protestante con el criterio de la Inquisición española en Cartagena en el Siglo XVIII, no puede ser medio adecuado para llegar a una solución justa del problema en nuestros días. Porque, aún suponiendo que la situación interior del catolicismo no haya cambiado —pues la religión católica es hoy tan verdadera como ayer—; y aunque el protestantismo tampoco haya cambiado en sus características —pues es hoy como ayer una religión de protesta negativa y de principios de desintegración más que una postura religiosa de serena auto-conciencia y de inclinación a una unificación de espíritus cristianos— pero podría haber cambiado totalmente el criterio del mundo moderno y de sus leyes positivas frente al problema religioso de la humanidad, y de allí naturalmente resultaría una reacción muy diferente frente a las sectas que ponen en peligro la tradicional unión religiosa de un país católico como Colombia. Lo que para una buena fotografía es un ajuste perfecto del foco de la lente, es para el enfoque actual del problema protestante una mirada detenida, realista y moderna.

Digo "detenida", porque el problema complejo por varios aspectos, no se presta para intuiciones, ni para soluciones de improvisación imprudente, sino necesita profundos conocimientos de la religión católica en su carácter divino, del protestantismo y de sus centenares de sectas en su carácter esencialmente disolvente y del panorama de la situación variante entre los dos; digo "realista", porque no basta un criterio puramente tradicionalista, anticuado,

Digitalizado com CamScanner

convencionalista o puramente emotivo, sino hay que tomar en cuenta todos los hechos reales de desarrollo y legales de situaciones jurídicas para acertar con la actualidad; digo "moderno", no porque todo lo moderno mereciera nuestro consentimiento interior, sino porque, por ejemplo, la Carta de los Derechos Humanos, suscrita por todas las naciones civilizadas, da una base distinta de juicio que las leyes de la España medieval que naturalmente reaccionaba de modo distinto frente al problema de una migración libre de los hombres, del culto de los heterodoxos y otros problemas similares. Bien puede darse el hecho de que las conclusiones sacadas de la metafísica de la religión sean distintas de las conclusiones sacadas del derecho moderno de libertad de cultos, y a consecuencia bien puede ser que aquéllas, justas en sí mismas, no se puedan ejecutar sin embargo, porque estas últimas se han convertido para la moderna convivencia de razas, nacionalidades y religiones ya en obligaciones de primer grado. Es decir, donde metafísicamente se justificaría un "antiprotestantismo", éste ya podría ser ilícito ante la ley positiva y absurdo aún en el campo de la convivencia en una nación hasta ahora ciertamente unida en una sola práctica religiosa. O en otras palabras, en la conciencia moderna se ha puesto al lado del enfoque metafísico, tradicional y de prioridad jurídica, un nuevo enfoque de paridad legal, ciertamente de sabor de relativismo; la intolerancia metafísica hoy día se tiene que compaginar con una perfecta tolerancia civil; la superioridad jurídica tuvo que dar campo libre al ejercicio de derechos personales, sin que queramos decir con esto que este cierto relativismo en la apreciación de las religiones distintas de la religión católica estuviera justificado en sí y en el campo metafísico, pero sí ha obtenido personería jurídica en la vida civil. Todo lo que pueda sonar extraño en estas aserciones, será mejor entendido en el curso de nuestra exposición posterior.

Quiero prevenir, esto sí, desde un principio, un error, una falsa impresión que podría originarse por lo expuesto hasta ahora: la de que yo sea menos católico que cualquiera otro, al conceder, según parece, una libertad más amplia a las sectas protestantes en nuestro país. Lo que pasa es que en un país católico como Colombia, la primera invasión del protestantismo —y hasta ahora no hemos tenido más que una primera invasión— naturalmente provoca una reacción muy distinta de la que se produce y encontramos en otros países donde una convivencia civil de ya varios siglos ha creado posturas más indulgentes y criterios más realistas. Cuando en la Alemania Occidental moderna vinieron todos aquellos millares de refugiados católicos desplazados por el comunismo de la Alemania Oriental, el Gobierno Federal, dirigido ya desde hace años por un Canciller en cuya catolicidad no es permitido poner la menor duda, tuvo que encauzar estas masas católicas refugiadas a distintas regiones del país, muchas de ellas protestantes en un 95%, en donde naturalmente la Iglesia católica no disponía todavía de iglesias, capillas y escuelas católicas en suficiente número para su atención religiosa. Entonces se presentó el hecho notable de que los pastores protestantes ofrecieran generosamente a los sacerdotes católicos sus iglesias y templos para que en ellos atendieran con el debido servicio religioso a aquellos refugiados ¡Qué gesto tan noble! ¿Podríamos suponer en Colombia un hecho similar? ¡De manera alguna! Porque allí precedieron varios siglos de convivencia pacífica, después de la guerra religiosa de 30 años (1618-1648), mientras aquí toda la invasión protestante no sólo tiene carácter reciente y novedoso, sino, siendo realizada en su mayor parte por sectas ellas mismas intolerantes y agresivas y hasta abstrusas a nuestros ojos, perturba gravemente la situación religiosa del país unificado hasta ahora sobre la base de una sola religión, de la religión metafísicamente autorizada y verdadera. Mientras allá, en otras palabras, hay posibilidad de comprensión en un espíritu de tolerancia civil formado en largas experiencias, aquí parece lo único justificado una defensa recia y resuelta para impedir la perversión de nuestras gentes frecuentemente mal formadas en el campo religioso. Lo que allí se aguanta sin mayores prejuicios y desviaciones, aquí crearía una situación azorante e intolerable de confusión e indiferentismo general. Por este solo hecho vemos que las situaciones son completamente distintas, y se justifica por tanto la exigencia de un enfoque detenido, realista y moderno, para encontrar la solución para el día de hoy, y aún para el de mañana que no nos va a quitar por vía de milagro el problema del protestantismo, sino, sin duda alguna lo va a agravar y profundizar de día en día más.

Ya no nos importan las circunstancias históricas en que arribaron los primeros protestantes a Colombia en el siglo pasado. Pero sí nos han de interesar grandemente los móviles que nos trajeron tantas sectas protestantes a nuestro país. Han corrido entre 1856, año en que vino el primer ministro protestante H. B. Pratt al país, para hacerse cargo de la administración religiosa de algunos extranjeros protestantes, y el año de 1910 en que vino la primera secta protestante, más de 50 años en que sin embargo no se originó ningún problema grave por la presencia de heterodoxos en el

Digitalizado com CamScanner

país. Mas, de 1910 en adelante, la invasión de sectas protestantes se hizo de año en año más notable y grave, y pronto el Catolicismo sintió su presencia: se presentaron casos de matrimonios mixtos, empezaron a circular folletos antes no conocidos en Colombia, y finalmente vino toda una actividad de proselitismo público que trajo, a consecuencia de la reacción defensiva de la Iglesia católica, el fenómeno tristísimo de una difamación mundial del catolicismo colombiano. Hoy día, si las estadísticas presentadas por el R. P. Eduardo Ospina, S. J., campeón de la defensa antiprotestante en Colombia, no han caducado considerablemente, contamos en el país un mínimo de 25-30 sectas protestantes, de las cuales unas 20 se unieron en lo que llaman la "Confederación Evangélica de Colombia", a la cual no quisieron entrar ni las grandes iglesias protestantes ni algunas sectas intolerantes, formación que fue puesta en conocimiento del Ministerio de Gobierno el 26 de junio de 1950. Ninguna de estas sectas contaba antes de su llegada con adeptos, todas empezaron prácticamente en la nada; vino un ministro o varios, de uno o de otro sexo, y empezaron a trabajar, a conquistar terreno.

El primer tema de nuestra investigación, pues tiene que ser el de averiguar los móviles de su llegada. El mismo criterio que los trajo, revela su menosprecio del trabajo secular de la Iglesia católica en Colombia y en Sur América en general. La religiosidad católica les parece a ellos una cosa detestable, porque no se ajusta, según ellos, a la verdad evangélica. La religión, según ellos, tanto en su doctrina como en la práctica que debe desarrollar en los fieles, es muy otra. Hay que imponer, según ellos, la verdad exclusiva de la Biblia, como fuente de fe, y esta Biblia entregada a los individuos para su libre examen y estudio, para que cada cual se forme por su piadosa y asidua lectura sus conceptos religiosos, y además esta Biblia en una forma purgada, pues la católica, según ellos, contiene libros que no merecen el calificativo de "Sagrada Escritura" porque son libros "deuteronómicos", no inspirados. Al lado de esta Biblia no hay pues otra fuente de fe cristiana, como por ejemplo, la tradición patrística, la doctrina de Concilios, las definiciones papales de artículos dogmáticos. No se justifica por la Biblia el número de sacramentos en que creen los católicos, porque en verdad, según ellos, no son sino dos, el bautismo y la última Cena, ni se justifica la veneración de los Santos, menos la "adoración" (según ellos) de la Virgen; todo esto ha llevado a las pobres gentes católicas a una fe supersticiosa, a una idolatría abominable. No se justifica tampoco la jerarquía eclesiástica, ni mucho menos un Papa infalible en cosas de fe y moral. Si además la creencia en la inmortalidad del alma humana, en el purgatorio y en el infierno no tienen base en la Biblia, según algunos de ellos, hay que librar a los católicos también de estos errores monstruosos para predicarles en cambio de todo esto, un sistema nuevo, desconocido de ellos, de salvación, justificación y santificación de prácticas religiosas.

Al esbozar así brevemente el concepto que merece el catolicismo tradicional a los misioneros protestantes, es obvio que su intención no es solamente la de una purificación parcial de errores, si-no se puede decir que ellos vienen creyendo que van a predicar por primera vez a nuestras pobres gentes envueltas en las tinieblas del error y de paganismo, el verdadero Evangelio, la religión cristiana de verdad. El celo que por esta finalidad despliegan, es por tanto un celo misional, igual al con que nuestros misioneros penetran en las selvas amazónicas o de otros continentes para convertir a los paganos del Mapa Mundi. Pero hay que agregar otro detalle a este cuadro que encontramos en la cabeza de los misioneros protestantes: no se trata de un celo sereno, prudente, simplemente compasivo. Sino, viendo la fuerza todavía casi indómita de la Iglesia católica, manifestada en lo compacto de la situación tradicional y en las innumerables pruebas de renovación espiritual actualmente visibles, este celo toma características de una labor impaciente que por otra parte proviene de las ideas abstrusas de un buen número de estas sectas acerca del tiempo por venir, pues muchas sectas tienen un carácter apocalíptico, escatológico, una orientación milenaria. Según ellas, la segunda y última venida de Cristo está cerca, luego no hay tiempo que perder, hay que trabajar con verdadero afán, para purificar a esta humanidad equivocada y mal conducida por la Iglesia católica, si es que todas estas nuestras pobres almas no se habrán de perder en el juicio del Salvador vuelto para el juicio final. Claro está que tales creencias absurdas no les pueden dar a las sectas la serenidad de la Iglesia católica que se sabe eterna, sino las lleva a un trabajo febril, a griterías amenazantes, a fuertes presiones en que conjuran a las almas perdidas para producir en ellas esta urgente conversión. Para un católico que medianamente conoce la trayectoria de estas sectas apocalípticas que más de una vez anunciaron con fechas fijas y concretas la llegada del Señor para el año de 1914 o de 1917 o de 1925, etc. y se vieron desilusionadas, pero no perturbadas por no cumplirse tal anuncio, todo este afán adquiere carácter de ridiculez, pero hay que tener en consideración este hecho de fa-

Digitalizado com CamScanner

natismo escatológico para poder explicar tanto el celo misional de estas sectas como su impaciencia y su impertinencia en los métodos aplicados.

Este es el segundo punto que una mirada detenida, realista y moderna tiene que analizar: los métodos de las sectas en nuestro país, exceptuando en algo las mayores denominaciones más o menos oficiales de luteranos, presbiterianos, episcopalianos, anglicanos, etc. Para proceder en orden, precisa analizar en primer lugar los fondos con que las sectas trabajan. Ya hemos dicho que en la mayoría de los casos comienzan su labor sin contar todavía con adeptos en nuestro país. Luego, los fondos iniciales lógicamente vienen con ellos, son extranjeros, de países que hoy día, tratándose principalmente de sectas de los Estados Unidos (algunas de Inglaterra, Escandinavia, Canadá) disponen desafortunadamente de una situación económica mucho más fuerte y estábil que Colombia. Teniendo además en cuenta que la mencionada postura apocalíptica produce en los adeptos una gran prontitud de invertir sus ahorros, sus jornales de trabajo en la tarea misionera, es de creer que algunas de estas sectas dispongan en realidad de considerables recursos para sus labores. No hay que olvidar que en algunas sectas sus miembros pagan el verdadero "diezmo", la décima parte de sus ingresos, a la Caja de su secta. Damos un ejemplo concreto, aunque no de los úlimos años que a lo mejor comprobaría cifras aún más altas. La Baptist Missionary Society de los Estados Unidos disponía por ahí en 1925-30 anualmente de una suma no menor de 250 mil dólares; la otra rama baptista o sea la American Baptist Foreing Mission Society disponía en la misma época de un millón 900 mil dólares, y la tercera rama baptista, el Foreing Mission Board of the Southern Baptist Convention disponía de igual suma, lo que en cifras de hoy daría un ingreso anual de aproximadamente 4 millones de dólares americanos o 30 millones de pesos colombianos. Esto en una sola secta. Un Misionero de la Consolata que trabaja a orillas del Río Magdalena entre su gente indiferente por tradición y razón del trópico, nos cuenta que la secta últimamente aparecida allí compró sin dificultad alguna un lote de $ 70.000.00 para comenzar en seguida la construcción de su templo, mientras el Misionero católico a duras penas tiene el pan de cada día. Una vez conquistados miembros originalmente católicos, aún a costa de inversiones en beneficencia, estos nuevos miembros de la secta, despertados transitoriamente a una nueva religión seductora, entran en este mecanismo, a veces con admirable espíritu de sacrificio que se explica por la novelería, el celo del apóstata y renegado, como también

por el rígido control que algunas sectas ejercen sobre los asistentes a sus servicios religiosos.

La segunda cuestión que se presenta al estudio, es la del personal misionero. Al lado de los recursos extranjeros no podemos negar una ideología noblemente realizada por los misioneros de la cual se dejan contagiar aquellos pocos elementos nativos que ellos alcanzan a conquistar más o menos pronto. Como los dos factores fundamentales de esta mentalidad misionera son, según hemos visto, por un lado la compasión con los que vivimos en el oscurantismo, y por otro la indignación producida por la no caducada fuerza de la Iglesia católica y su estructura sólida y legalmente respaldada, a los cuales, por lo menos en algunas sectas, hemos de agregar su afán escatológico, se comprende en algo el celo de los misioneros aparecidos entre nosotros. Pero hay otro factor que debemos tener en cuenta: en las inmensas parroquias católicas de nuestro país el contacto pastoral del sacerdote con sus feligreses adolece de gravísimos defectos. Se realiza por lo general sobre la siguiente base: una bastante anónima, por decirlo así, dentro de la iglesia, de las misas y rosarios; otra bastante impersonal y administrativa en el despacho parroquial, y finalmente una mínima personal en visitas domiciliarias esporádicas y administraciones a los enfermos, a la cual se puede agregar el contacto en escuelas y catecismo con los niños. Todo lo contrario sucede en las sectas: acostumbradas ellas desde la tierra de su origen al estilo de "sectas de rincón", existe entre sus adeptos por lo general pronto un tono íntimo de hermandad, fraternidad emocional, lo que para los desilusionados de la iglesia católica, oficial y numerosísima, parece formar un verdadero atractivo y por otra parte se presta para una inmediata incorporación con espíritu de sacrificio y a veces con el desprendimiento heroico de los recién convertidos en la línea de entrega total a la obra misionera. En cuanto a la formación intelectual de estos misioneros, creemos acertada la siguiente observación, sobre todo en las sectas pequeñas: llevando la instrucción y la discusión apologética inmediata y continuamente a la Biblia subjetivamente interpretada y especialmente a los libros oscuros del profeta Daniel y el Apocalipsis, se presentan los misioneros como muy bien entendidos en materia bíblica, y el aprendizaje de sus pocos puntos dogmáticos, por decirlo así, no es muy demorado. El sistema doctrinal de tales sectas a veces no comprende ni la cuarta parte del Catecismo Astete. Así los misioneros nativos adquiridos pronto sirven de misioneros auxiliares para predicar, llevando a nuevos adeptos para ulterior información a los expertos extranjeros. Tipos inteli-

Digitalizado com CamScanner

gentes sin embargo, han sido llevados a los seminarios en funcionamiento para una mayor formación intelectual y apologética.

Esto nos lleva a una tercera cuestión que debe ser investigada con cuidado: la influencia de la doctrina protestante —sea ella presentada en su forma pura o sea que se presente mezclada con todas estas monstruosidades de escatología— sobre las gentes católicas. Si esa doctrina se ofrece a las capas de nuestro pueblo que son capaces de discernir intelectualmente, muy difícilmente ejercen estos principios disolventes y subjetivos impresión suficiente para conseguir la apostasía de la fe católica; a lo mejor se consigue el abandono práctico de la fe y moral, la indiferencia religiosa, una moralidad puramente individualista, es decir una carencia de principios firmes y, a lo largo, el libertinaje. Si ella, al contrario, se presenta a las clases humildes, incapaces de discernir intelectualmente, entonces sí se consiguen adeptos, pero de la misma clase o sea personas que sin poder analizar el contenido racional del protestantismo, lo reciben más bien como un conjunto de elementos sentimentales, ora de protesta contra los curas, ora de misticismo bíblico y frecuentemente escatológico. Se siente en el protestantismo la libertad de las formas tradicionales de la religión que, ya vaciadas de su efectividad, no alcanzaban a vincular a tales católicos medio ignorantes o indiferentes, para suplantar la impresión de una vida en hermandad sentida y cariñosa en pequeñas comunidades. El menosprecio público los hace sentirse mártires de una noble y justa causa.

Mientras el catolicismo conquista en el mundo intelectual de Europa sobre todo en Francia, Inglaterra, Alemania y Escandinavia elementos de alta cultura y vasta formación, el protestantismo en América del Sur y en Colombia conquista sus adeptos en las clases más ignorantes, menos practicantes y por tanto en ambos casos menos capaces de defenderse del error y de la equivocación: el obrero, el campesino. Mientras en Europa, los intelectuales se dan cuenta de los defectos de los principios y de la postura protestantes y por esto se inclinan a la conversión a una iglesia todo compacta en su sistema doctrinario moral, aquí vemos lo contrario: nuestros apóstatas se tragan estos principios disolventes sin analizar, porque el puente por donde pasan de la religión católica a la protestante, lo forman los sentimientos o desilusionados o noveleros. No hace mucho, la Iglesia anglicana perdió un buen número de sus sacerdotes quienes vieron con sumo desagrado cómo su iglesia se igualaba a pequeñas sectas protestantes traspasándoles sus bienes (templos y escuelas) en el sur de la India; lo que para ellos fue algo como un toque de alarma y bastó para convencerlos que debían unirse a la Iglesia católica que siempre se respetaba como poseedora exclusiva de la verdad y como fundación de Cristo y la cual jamás podría igualarse al mare mágnum perturbado de estas pequeñas sectas tardías. En cambio, es muy raro el caso de la apostasía de un sacerdote católico al protestantismo, a no ser que esté cegado por su rebeldía o por pasiones materiales y hasta carnales. En resumen: donde ejercen una influencia los principios del protestantismo entre nosotros, casi infaliblemente llevan a la indiferencia y al agnosticismo; donde no se disciernen estos principios disolventes, sino prevalecen sentimientos o de desilusión y de resentimiento o de soledad espiritual sobre un fondo de ignorancia religiosa, ellos hacen de puente por donde se pasa a la herejía, pero sin duda resultan para el protestantismo adeptos tan inseguros como la Iglesia católica acaba de perder en ellos, y no son pocos los casos en que después de una nueva desilusión o de fenecer aquellos sentimientos pasajeros, comienza el regreso a la religión de la niñez y juventud. Todos nuestros misioneros populares pueden dar testimonio de este hecho en sus retiros y misiones parroquiales.

Nos falta un último aspecto que debe ser analizado, y es el sistema o el método que emplea la herejía entre nosotros para su labor misionera. Está a la vista como primer elemento esencial en sus trabajos la beneficencia en un pueblo hambriento, desnutrido y cargado de problemas sociales que ciertamente debían haber sido resueltos desde hace tiempos por la doctrina social de la Iglesia católica, si ésta dispusiera de elementos suficientes entre los ricos que tomaran la doctrina social de su Iglesia con la necesaria seriedad. Han fallado gravemente los católicos en el campo social, y es por esta razón el que la beneficencia de las sectas fácilmente obtiene éxitos, aunque éstos sean de carácter superficial, exterior y quizá transitorio, porque les falta a estas conversiones al protestantismo una base doctrinal de convicción. El sistema de fundar escuelas, sobre todo en un país en que la educación está muy lejos de ser suficiente y donde faltan a todas luces escuelas, maestros y planteles de segunda enseñanza de precio barato para la clase media, es natural y necesariamente muy convincente. Quizá los católicos que entregan a sus hijos a tales planteles protestantes, no quieren efectuar con ello una verdadera apostasía, pero desde cuando la falta cometida es grave, produce la reacción de la jerarquía en forma de excomunión y es casi inevitable la separación de estos católicos de la Iglesia.

Digitalizado com CamScanner

Al lado de la beneficencia del pan y de la escuela, encontramos aquella clase de apostolado hablado y escrito o impreso que ya hemos mencionado. El regalo de folletos bíblicos y hasta la venta de libros baratos de títulos llamativos, misteriosos o apocalípticos ha resultado efectiva, en primer lugar porque nuestras gentes no están acostumbradas a que con aire de redención se les entregue la mismísima Biblia para su autosalvación sin sacerdotes de los cuales no han conseguido muchas veces la ayuda en el sentido en que ellos la esperaban. Este sistema tiene que tener el atractivo de casi una fruta prohibida, aunque en verdad nunca les estaba prohibido leer la Biblia. En segundo lugar, las cuestiones, los problemas eternos de la muerte, de la vida de ultratumba, la interpretación de los signos y el anuncio escatológico de la inmediata venida del Señor despiertan siempre una curiosidad que en el campo católico ha sido atendida desgraciadamente en forma deficiente o falsa; nos referimos a la predicación católica (en verdad, a los católicos ya tambaleantes ¿qué les puede dar una plática sobre las finezas del texto del ofertorio o de la comunión?) y al vasto renglón de informaciones sobre siempre nuevas apariciones y prácticas religiosas (que no cumplen lo que prometen, como devociones de determinado número de días o domingos, infalibilidades de otras, conceptos superficiales sobre escapularios y medallas o romerías, etc.). Nada de raro tiene que individuos llevados a estos predios ensayen nuevamente sobre bases predicadas por rosacrucistas, adventistas y testigos de Jehová.

Hemos de confesar que nuestras fallas graves en el campo de doctrina y redención social, de la educación y seriedad de prácticas religiosas han causado este malestar que hoy lamentamos en la fácil apostasía de nuestras gentes muy sufridas y poco instruídas.

Hemos visto uno por uno los puntos más importantes en el trabajo misionero de las sectas protestantes que de ninguna manera se dirigen solamente contra la Iglesia católica, sino del mismo modo despreciativo luchan una contra la otra. Lo vemos menos aquí donde todo el mundo es católico; pero en los Estados Unidos, por ejemplo, ciertas sectas tratan de "gentiles" a los adeptos de otras sectas de distintas ideas, pero de común suelo de origen, el protestantismo subjetivo. Entre nosotros, las sectas parecen más unidas en su lucha contra la Iglesia católica a causa de su preponderancia histórica y numérica, pero no olvidemos que los principios protestantes, sobre todo el de la lectura libre de la Biblia, son iguales al principio de "homo homini lupus".

Podríamos preguntarnos, antes de seguir adelante, si las sectas, trabajando en esta forma, han tenido éxitos considerables en-

tre nosotros. Es sumamente difícil dar en este aspecto cifras concretas y fidedignas, porque las mismas sectas se contradicen a cada paso. Cuando informan a sus centrales o Superiores, hablarán de conquistas halagadoras o fantásticas; pero cuando se trata de calmar, por razones tácticas, la emoción pública de los católicos, entonces renuncian a las mismas cifras impresionantes y prefieren volver casi al anonimato, confesando sólo progresos insignificantes. Se oyen en una ocasión números como 50 mil conquistados, en otras se trata apenas de 12 mil adeptos. Abramos los ojos, sistematicemos nuestras observaciones, organicemos nuestros gremios de defensa de la fe, para llegar a una estadística ni exagerada ni influenciada por la política del avestruz que mete la cabeza en la arena para poder negar el peligro porque en efecto no le ve. Creo sinceramente que el éxito obtenido hasta hoy por las sectas, de ninguna manera justifica los enormes gastos en dinero, personal, construcciones, prensa repartida, etc. que ha demandado, y sin embargo no podemos negar la gravedad del problema.

Y esto por varias razones que a continuación, como parte del panorama dibujado con realismo, hemos de investigar. Son:

1ª El mito del 99% de católicos en nuestro país.

2ª Una situación legal, pero a la vez fatal que produce sentimientos de una seguridad que en el fondo no existe.

3ª Factores favorables y mentalidades convinentes con el protestantismo.

Es cierto, en primer lugar, que Colombia es una nación cuyos habitantes adhieren en un 99% a la religión tradicional que es la católica. Pero nadie puede ni debe hacerse ilusiones sobre el valor de tales estadísticas. Es la usual manera de contar a los ciudadanos conforme a su pertenencia exterior a una iglesia o denominación religiosa. Lo mismo se hace en los Estados Unidos cuando allá se cuenta el porcentaje de los católicos, presbiterianos, episcopalianos, etc. En la misma forma y con el mismo derecho se pueden contar en Colombia las personas que llevan el apellido de Pérez, Sánchez o Rodríguez. Lo que en nuestro análisis de la situación religiosa verdadera, de la peligrosidad de la invasión de sectas protestantes y de la firmeza de la Iglesia católica ante esta embestida, cuenta en verdad son otra clase de gentes, son los católicos convencidos, practicantes y hasta prontos para tareas concretas de apostolado. Desafortunadamente, este porcentaje es muy inferior al otro de 99%. ¿Podemos contar con un 40% de católicos

Digitalizado com CamScanner

que cumplan con la misa dominical por firmes principios y por tanto sin excepción alguna a no ser que causa grave disculpe? ¿Es el porcentaje de católicos que cumplan anualmente con los sacramentos de confesión y comunión, inferior todavía de modo que represente un 30% siquiera? ¿La gente cuya vida entera se construye y realiza sobre bases de verdadero fervor y convicción con consecuencias integralmente cristianas en todos los aspectos de su vida práctica, alcanza un porcentaje de 20%? No ignoramos la diferencia de situación en nuestros barrios obreros e industriales y en nuestras parroquias rurales, donde sin embargo desafortunadamente la situación numéricamente más favorable está asociada con una ignorancia más acentuada, cuyos efectos lamentables sólo parecen compensados por la firmeza compacta del medio ambiente tradicional, lo que trágicamente se revela cuando la gente emigra a los centros urbanos. Claro está que las sectas operan no sobre el porcentaje altísimo del 99% de católicos, sino ellas ven el campo de su conquista y de sus labores donde un porcentaje muy inferior es índice de una vida evangélica muy deficiente. La defensa de la fe católica en Colombia, en todo caso, no está en el 99% sino en el 25% de católicos practicantes. Incluye, de verdad, por tanto el mitológico 99% una irrealidad y quizá una ilusión fatal si se le da un carácter definitivo y obligante donde no lo puede reclamar en el fondo.

La misma ilusión fatal puede producir la actual situación legal del catolicismo en el país, tal como la encontramos asegurada en las disposiciones de la Constitución, artículo 53, y del Concordato del 31 de diciembre de 1887, y reflejadas en varias circulares del Gobierno civil (Ministerio de Relaciones Exteriores en 1952, y de Gobierno de 1954, etc.). No cabe duda de que el Gobierno de Colombia cumple cabalmente sus obligaciones tanto constitucionales como contractuales, pero tampoco cabe duda de que en esferas de inferior categoría la autoridad civil no ha colaborado siempre en la forma debida y con sincera convicción en la aplicación de las disposiciones vigentes, según las corrientes ideológicas, o por imposibilidades físicas (distancias de los lugares afectados por las sectas de los centros de administración) o por la distancia interior de ciertos empleados públicos de una religión católica integral en su propia vida. El hecho de la generalmente lamentada impunidad demuestra cómo a pesar de suficientes leyes al respecto, la vida concreta puede andar muy lejos de las leyes. En nuestro campo de seguridad legal para la religión, a nadie se le puede ocultar el grave peligro que un incumplimiento fácilmente perpetrable (recuérdense situaciones pasadas y presentes en el ramo de la enseñanza secundaria y universitaria, en tierras de Misiones, etc.) puede producir para una iglesia que se fía demasiado de las garantías legales.

Porque finalmente no se debe olvidar que al lado de las leyes corre la vida cotidina, bajo el influjo de múltiples factores no conformes a la verdad religiosa, a las leyes y disposiciones, y compuesta de un sinnúmero de corrientes y pasiones. La época de la violencia reveló vinculaciones difícilmente sospechables entre corrientes políticas, los resentidos de la labor de la Iglesia, las huestes de bandoleros y algunos misioneros sectarios, extranjeros o nacionales que figuraron como aliados no sólo en el campo político sino también en el religioso. Tampoco podemos olvidar que muchos renglones de la vida cotidiana perdieron por completo el carácter confesional de antes: el cine, las novelas, la televisión, la prensa traen sin distinción manifestaciones en el mejor de los casos interconfesionales, pero muchas veces conscientemente, en cumplimiento de la famosa libertad de ideas, contrarias a la religión cristiana. El tema del divorcio y del adulterio en los cines, los avisos rosacrucistas, etc. en una prensa que no deja de considerarse en el fondo católica, pero cree necesaria esta concesión a la amplitud moderna del criterio; la absoluta indiscriminación de la lectura, más que todo novelística o de revistas mundiales sin duda conniven con un relativismo religioso que en nada corresponde a la situación asegurada de la religión católica. Es decir, aquella situación legalmente asegurada no sirve ya sino para el arreglo de situaciones realmente graves de diferencia de criterio en las más altas esferas, pero en la vida baja, cotidiana de nuestros días, en el campo de deporte, de certámenes mundiales de belleza, en los cines, en las conversaciones en el bus, en la fábrica, en la calle y plaza, en los clubes sociales, en los balnearios y piscinas, la Iglesia en nada se beneficia con la existencia de aquellas disposiciones favorables, sino tendrá que confiar casi exclusivamente en la firmeza y sinceridad de convicción de sus miembros individuales. La verdadera situación de la Iglesia católica en Colombia es por tanto muy ambigua: una aparentemente asegurada y de carácter preferencial, y otra absolutamente fortuita e indefensa, a no ser que disponga en número suficiente de miembros capaces y resueltos para imponer con su ejemplo y palabra más que por referencia a situaciones legales, el modo católico de pensar y vivir. Casi se puede creer que el atraso que en el campo concreto observamos, se debe en parte a que demasiado tiempo hemos creído en la

Digitalizado com CamScanner

efectividad de aquella situación legal. Sin duda, la Iglesia en otros
países, donde vive desprovista de cualquier protección estatal, tu-
vo que orientarse para sobrevivir y no sucumbir, hacia la tarea
de asegurar su existencia por sus propios miembros, su calidad ex-
celente, su efectividad recia, su espíritu activo, apostólico y com-
bativo, y cuanto más antes se orienta nuestra Iglesia en este sen-
tido, tanto mejor para ella.

Con todo esto no queremos decir que la situación legal para nada sirve y que por tanto podría abandonarse voluntariamente; de manera alguna. Si la situación legal, por ejemplo, permite valerse de la intervención estatal en tierras de misiones contra una fatal perturbación de un ambiente apenas incipiente de cristianismo católico, o en casos de proselitismo descarado y ofensivo, no vemos por qué no echar manos de este recurso. Pero tampoco creemos estar equivocados en que el tiempo futuro en ningún caso nos traerá una situación legal más aprovechable, sino al contrario, en todo el mundo la Iglesia tiene que formar la defensa por medio de sus miembros activos como si fuesen ya la única defensa de que ella dispone. Este temor le dará suficiente energía y resolución en el trabajo de formación interior de sus miembros, ya que en ninguna defensa exterior se puede confiar con tranquilidad. Mañana la lucha será aún más que hoy de valores internos, no de factores de seguridad exterior.

Bajo este aspecto podemos decir al terminar esta exposición: la tarea de la Iglesia católica en Colombia y en el mundo entero es la defensa de su existencia y de sus haberes espirituales por medio de la hombría de sus miembros y la reconquista del terreno perdido o amenazado por medio del heroísmo de los católicos bien formados y verdaderamente practicantes.

Las experiencias obtenidas en otros países de centenaria convivencia entre católicos y protestantes, sin ninguna seguridad preferencial para unos de ellos, han demostrado: 1ª Que la lucha intelectual se puede efectuar con perfecta observancia de la ley evangélica de la caridad; 2ª Que la lucha no se puede efectuar sin ganancias y pérdidas en ambos lados, y 3ª Que el vigor de la Iglesia católica es superior en situaciones de tales luchas abiertas y es mayor en las regiones amenazadas que en las regiones tradicionalmente aseguradas y por tanto menos activas, despiertas y apostólicas. En Alemania, después de la última guerra con la competencia entre católicos y protestantes, y además bajo el fuego violento de las campañas socialistas y comunistas en favor de la apostasía de las iglesias, la Iglesia católica perdía anualmente por apostasía

declarada en oficinas del registro civil, unos 40 mil católicos indiferentes y en cambio conquistó anualmente unos 10 mil convertidos del protestantismo. Podríase alegar lo desfavorable de los números. Pero precisamente la estadística meramente numeral es anticuada y falsa; porque en realidad valen más 10 mil convertidos entusiastas que 40 mil católicos indiferentes que muchas veces con su conducta contraria a los principios religiosos de su Iglesia, no le causaron a ésta sino daños y vergüenza pública. Para el cielo valen ciertamente los números y cada alma. Pero para la lucha actual de la Iglesia aquí abajo, valen las fuerzas vivas, aunque sean numéricamente inferiores, porque en el fondo por su apostolado conquistan más terreno que un gran ejército inactivo y cobarde, y consiguen también por su vida más gloria para Dios que aquellos indiferentes a punto de apostatar.

Es nuestra tarea, ver ambos lados de la medalla: el número y la calidad, la apostasía y la conquista, lo superficial y lo sincero, la gloria de Dios y la vergüenza de la Iglesia. Estos son los criterios modernos que de todas maneras tienen que orientar nuestra labor en el futuro: conservar el número parece, pero sólo parece valioso; lo que en verdad vale, es el mayor número de cristianos de verdad.

Digitalizado com CamScanner

II

Esta segunda conferencia está dedicada a la discusión argumentista entre la Iglesia católica y las sectas protestantes. Para su desarrollo hay que tener en cuenta un hecho muy importante: la riqueza dogmática, la frondosa liturgia y el variado ropaje cultual de la Iglesia católica y la extrema pobreza dogmática, la reducida y severa, para no decir pobre liturgia y la escasez de devociones y formas cultuales en el Protestantismo. En verdad, de los fondos dogmáticos de la religión católica surgieron estas ricas y variadas formas de vida litúrgica y devocional de sus fieles, mientras el Protestantismo, desde un núcleo dogmático muy reducido, no ha podido dar a sus adeptos sino una vida devocional exigua que casi se limita a la piadosa lectura de la Biblia y al canto congregacional en sus asambleas religiosas. De ahí resulta el hecho que en la discusión argumentista el católico se dirige inmediatamente al ataque del fondo dogmático del Protestantismo, lo que le da a la discusión católica un aspecto esencial, fundamental y objetivo, mientras la discusión protestante se dirige con preferencia, sobre todo en los individuos poco formados y en las sectas más intransigentes, a las múltiples formas de la práctica católica de piedad, lo que le da un aspecto poco objetivo, muy personal, irascible, ya que en la práctica de los católicos fácilmente se han de encontrar toda clase de defectos de superficialidad, ligereza y discrepancia con la vida moral verdaderamente cristiana conforme a los principios dogmáticos de nuestra fe. Es apenas natural que un protestante que ataca en la discusión la religión católica, empiece por la devoción católica a las imágenes de los santos, por la pomposidad de una entrada papal en San Pedro en Roma, por las indulgencias, misas y el purgatorio, por las medallas y el escapulario, es decir, que muy tardíamente toca en su argumentación los pun-

Digitalizado com CamScanner

tos esenciales de la religión católica, mientras el católico en su argumentación, por causa de la extrema pobreza del Protestantismo en formas exteriores, litúrgicas y cultuales, se ha de dirigir necesariamente hacia los pocos principios fundamentales del mismo. Resulta de ahí que la labor argumentista del protestante sea mucho más fácil, ya que es en el mundo exterior de las formas y devociones donde más fácilmente se descubren los defectos humanos de seriedad, de integridad de costumbres, que en el campo invisible e impersonal de principios fundamentales.

Precisa hacer otra observación todavía: La Iglesia católica es una sola en toda la tierra lo que concentra aún más la atención del protestante en pocos puntos de ataque, mientras el católico, al discutir sobre el protestantismo, ha de distinguir entre centenares de sectas de las cuales casi cada una tiene particularidades distintas del exiguo tesoro dogmático del protestantismo fundamental, lo que hace una discusión más difícil, no sólo por la abundancia de conocimientos que debe tener el católico al disputar, sino también por la facilidad con que esquiva el protestante y sectario la argumentación que no acierta con sus particularidades. Ya hemos dicho que para algunas sectas, el término de "gentiles" o paganos o adversarios religiosos no se aplica solamente a los católicos, sino a las demás sectas con las cuales no están de acuerdo. En otras palabras: el protestante siempre encuentra un adversario claramente definido a quien ataca en primer lugar en el campo de las manifestaciones externas de la piedad, mientras el católico se encuentra frente a un pulpo de innumerables tentáculos que se le va de entre las manos, rehusando cualquiera cogida decisiva.

No se olvide otro detalle muy importante: el Protestantismo de hoy no es el mismo que el protestantismo de Lutero, mientras el catolicismo de hoy es todavía el mismo de San Agustín, de San Francisco de Asís y del Concilio de Trento. El católico puede cometer el error de tomar a un protestante como representante de las doctrinas de Lutero y resulta que le viene con la observación de que él, el protestante moderno, ya no cree en las declaraciones y opiniones dogmáticas hechas hace unos 400 años por el fundador de las iglesias protestantes. Los pastores y teólogos protestantes llaman este hecho "la reforma callada", que pasó casi inadvertida, y es el desarrollo progresivo de los principios protestantes, sobre todo de la libre investigación de la Biblia, que lo han llevado de su posición inicial a otras a veces más cercanas, a veces más lejanas de la religión católica. Me sucedió más de una vez el caso curioso de que un protestante con quien discutía, con sincero

asombro e indignado me dijera, "pero es que usted cambia las cosas indebidamente, esta opinión que dice usted ser católica, es precisamente lo que dice el Protestantismo", por ejemplo en materia de la capacidad humana para buenas obras o de la libertad de la voluntad humana. Son tan distintas las opiniones del protestante moderno de las de Lutero, que ellos mismos no recuerdan ya los errores iniciales de Lutero, porque su "reforma callada" los ha llevado más cerca de la verdad. Para muchos protestantes ha sido esto el punto en que se despertaron hacia la verdad, cuando se daban cuenta de que la Iglesia protestante había hecho un desarrollo para atrás, hacia los principios dogmáticos válidos antes de la Reforma de Lutero, o sea hacia los principios católicos de la fe. Se convencieron así de la eternidad de la verdad católica que volvía a imponerse al hombre cuando dejaba libre el camino a su investigación en lugar de aferrarse a lo que dijo Lutero.

Por todas estas observaciones vemos qué tan difícil ha de ser una discusión intelectual y argumentista con los protestantes. Agreguemos a estas dificultades las psicológicas que vamos a tratar en nuestra tercera conferencia, y las metafísicas que consisten en que dar el paso hacia la verdad no depende sólo del hombre, ni primeramente de él, sino todo la que nace de bueno en los hombres, se debe, según nuestras creencias, a una gracia previa de Dios, y donde Dios no ha dado esta gracia, porque no lo quiso o no lo quiso todavía, nuestra argumentación, a pesar de la fuerza de nuestros argumentos, ha de caer como una gota de agua en un desierto estéril donde no puede procrear vida y florecimiento. Toda discusión feliz con los protestantes, en otras palabras, es cuestión de la gracia divina de iluminación, de conversión, de nostalgia de la verdad, y sin ella, nada se consigue. Lo que nos convence de que toda argumentación con los protestantes no vale tanto como unas cuantas oraciones buenas por su conversión.

Finalmente debo llamar la atención a un hecho curioso y muy poco conocido que sin embargo para mucho ha de servir en nuestras discusiones con los sectarios. Por lo general creen y dicen los protestantes que la obra reformadora de Lutero se debía principalmente al estado corrompido de la Iglesia católica de entonces y que la pretensión primordial de Lutero haya sido reformar las costumbres relajadas. ¡Nada más falso! No negamos que la Iglesia de entonces haya mostrado graves desperfectos. Pero de estudio de un ministro protestante entresaco las siguientes citas de obras de Lutero que comprueban que su preocupación primordial era otra.

Digitalizado com CamScanner

"Ni de lejos, la vida importa tanto como la doctrina".

"No me ocupo de la vida, sino de la doctrina".

"Mala doctrina es el mal más grande en la tierra".

"No negociamos sobre la vida, sino sobre la doctrina".

"Mala doctrina es mil veces más mala que mala vida".

"No peleamos con los papistas por la vida, sino por la doctrina".

"Si los adversarios tienen la verdadera doctrina o no, esta es mi principal tarea y mi suprema lucha".

Se ve claramente que Lutero quería reformar la doctrina antes que la vida. Pero tampoco podemos decir que él con sus nuevos principios de doctrina haya dado a la vida moral de los cristianos una base segura, ni por su propio ejemplo y modos a veces groseros y vulgares de hablar sobre puntos morales, ni por su doctrina acerca de la posibilidad de una vida moral, pues según él el hombre no puede hacer nada bueno, ni llegar a ser bueno, sino a lo sumo a "aparecer" bueno ante Dios, por hallarse revestido del manto de los méritos de Cristo adjudicados exteriormente. Al contrario, Lutero dió el golpe más fuerte, casi mortal a los cimientos de la vida moral de los cristianos, con su doctrina equivocada acerca del pecado original y de la justificación puramente exterior por medio de su fe fiducial. En lugar de verdadera moralidad ante Dios, puso Lutero una "ficción legal" de méritos ajenos (los de Cristo) adjudicados al pecador incapaz de moralidad. Pero hoy día, sin seguir las huellas de su maestro, los protestantes se preocupan primordialmente de las costumbres, de las formas exteriores de piedad católica que según ellos son culto de idolatría a las imágenes de los santos, a estos mismos y sobre todo a María. Hasta nuestra vida eucarística para ellos es pura idolatría. En cambio, el católico, poco se preocupa de la vida moral de los protestantes, sino arguye contra los principios fundamentales del protestantismo como única cosa que merezca atención.

Ahora, después de tan numerosas premisas, ya podemos pasar a ordenar y tratar las objeciones comunes y corrientes del Protestantismo contra la religión católica.

Nada parece ofuscar a un buen protestante tanto como la veneración que tienen los católicos a los santos y sus imágenes. Quieren estallar en rabia e indignación cuando ven cómo nosotros llevamos la estatua de un santo sobre andas por nuestras calles, como los colocamos en los cruces de los caminos, en lo alto de nuestras veredas, en la cabecera de nuestra cama o encima de la puerta de nuestra casa. Se creen ellos entre salvajes del Africa que también cultivan el fetichismo que consiste en un culto supersticioso a objetos creados, sobre todo a las imágenes de sus dioses. No están capaces de ver la grande diferencia que establece la dogmática católica entre el culto a Dios y la veneración a los Santos. Doblar la rodilla es para ellos ya "adorar", mientras el católico distingue la adoración de la veneración de los Santos por verdaderas diferencias internas; cualquier católico humilde sabe que "adoración" es reconocer a un Ser por Ser supremo, y que por tanto no puede tener lugar sino frente a Dios, mientras la veneración de los Santos en todas sus formas variadas que hayan ocurrido a los fieles y a la Iglesia, no es sino el aprecio de su persona, de sus virtudes, de su ejemplo, de su buena voluntad y capacidad de rogar por nosotros. ¡Pero hay más! Nosotros distinguimos entre un culto absoluto y otro relativo de los Santos; el primero se dirige al Santo mismo, tal cual está hoy en el cielo; el segundo, el relativo se refiere a objetos, imágenes o reliquias de los Santos que nos sirven de recuerdo de ellos, pero sin decir jamás en forma obligatoria que tal o cual objeto, una reliquia o una casa de María en Loreto, sea objetivamente auténtica, original. ¡Si los protestantes supieran cuánto bien ha hecho en la cristiandad la imitación de las virtudes de los Santos! La veneración de ellos no nos aleja de Dios ni le quita gloria al Ser supremo, sino al contrario nos acerca a Dios y siempre reconocemos a Dios por autor de las virtudes y gracias de los Santos. Pero este problema de los protestantes no es nuevo. Recordemos que toda la Iglesia Oriental bajo la presión de los Emperadores bizantinos se separó por este malentendimiento de la roca de Pedro, de la Iglesia católica. Concedemos que puede haber católicos que exageren su devoción a los santos, que tengan ideas infantiles sobre su poder característico, que gasten más tiempo en rezar a los santos que a Dios mismo, que les guste más, a causa de la severa justicia divina, valerse de un mediador que dirigirse personalmente a Dios, y bien puede ser que la Iglesia tenga que trabajar para rectificar posturas exageradas o equivocadas en esta materia. Sostenemos al contrario en el campo teórico que no hay en todo el mundo un sólo católico que crea que el Ser más alto, el Ser supremo, el Ser divino sea el santo de su predilección. Hasta el mismo error en la práctica es prueba de esta verdad; cuando se busca un mediador, este tiene que obrar y hablar con otro, es medio, pero no fin, es puente, pero no meta. Mas en cuanto a las costumbres, Dios mío, cuando se acaba en la Iglesia católica, en la

Digitalizado com CamScanner

Iglesia protestante, en la humanidad entera la necesidad de corregir defectos, de ennoblecer la vida, de sublimarla, de reformarla. Si Lutero dijo que lo primero para él era la doctrina y no la vida, pues bien servido está con la claridad de la doctrina, aún en el católico más humilde, para quien San Antonio no es Dios y la Virgen de Fátima no es el Ser supremo del mundo.

Verdad, que entre los Santos, la Virgen María ocupa el principal lugar. Ningún santo recibe tanto homenaje como Ella. El protestante, por tanto, si se opone al culto de los santos, cuanto más se ha de oponer al culto de María, ya que la Iglesia misma dice que si el culto de los santos, es dulía, el de la Virgen es hiperdulía. Es decir una forma especial, la forma más alta e intensa de la dulía, a causa de la ventaja en santidad y poderes que lleva María a los santos. Pero la misma Iglesia nos enseña que ni la hiperdulía se iguala ni de lejos a la adoración.

El protestante ve a María en plan de competencia con Dios, le parece que Ella le quita honor a Dios, a su Divino Hijo. La Virgen María naturalmente, desde cuando desapareció en vastos círculos del Protestantismo la firme creencia en la divinidad de su Hijo, no es sino una mujer cualquiera que tuvo un hijo, el cual, por sus buenas cualidades de carácter, por su inteligencia, por su talento de orador sagrado, por su seriedad en cuestiones religiosas, llegó a ser fundador de una religión que es sublime y quizá más ilustrada, más noble que las otras formas de religión. ¿Qué puede ser María, para los adeptos de un tal Cristo puramente humano? No vale casi la pena recordarla. Pero cuando como en el sistema católico en Cristo se trata de la segunda persona de la Santísima Trinidad que baja del cielo para salvar a los pecadores con una religión del todo divina, para fundar en este mundo una Iglesia verdadera como depositaria de la verdad revelada, entonces esta mujer ocupa también un puesto preferencial en todo el sistema de la economía de salvación. Para ser digna de tal Hijo, tiene que ser adornada con extraordinarias gracias, prerrogativas y virtudes, más, tiene que estar asociada desde un principio íntimamente a la persona y la labor de tal Salvador. Si la carne inmolada en el Calvario, si la sangre efundida desde la Cruz, son ofrendas del todo divinas, entonces el seno del cual se formó esta ofrenda, tiene que ser precioso a los ojos de Dios, tiene que ser preservado inmaculado de todo contagio con el pecado, tiene que ser preservado también de la corrupción del sepulcro. Es decir, de la creencia de la divinidad de Jesús, surge toda una Mariología sublime; y sin esta creencia, tendrían razón los proestantes. Confieso, que todavía protestante hablábamos en el colegio de "esta María" simplemente con indiferencia y nos causó profunda indignación el modo de la veneración mariana de los católicos. Pero una vez convertido a la Iglesia de Cristo, ví también a María unida al misterio de la unión hipostática, y María, tabernáculo donde se efectuó este misterio, fue elevada a una altura sorprendente y perpetua. No se comprendería que este Cristo, hombre y Dios verdadero, autor del cuarto mandamiento, hubiera podido olvidar a su Madre, en lugar de elevarla a los cielos y coronarla allí, dándola a todos los hombres redimidos por Madre espiritual.

Pensándolo bien, se comprende cómo en el Protestantismo moderno se aumentan las voces que gritan por María, que la desean volver a traer a su sistema religioso. Bien podrían leer todo lo que Lutero decía todavía sobre las glorias de María en su explicación del "Magnificat". Tenemos aquí otra prueba de la susodicha "reforma callada" que no es sino el regreso a la religión cristiana tal como estuvo antes de la Reforma. El Protestantismo liberal del siglo pasado con ese baño ácido de crítica bíblica minó toda la fe en la inspiración divina de la Biblia, quedaron en él sin valor los pasajes marianos de San Lucas y de San Juan Evangelista, y ya en la religión de los apóstoles veía esta crítica irrumpir una múltiple influencia pagana a la cual se debía la divinización de Cristo o el "Kyrios" y también la devoción de los Evangelistas a María. Regresando ahora al Cristianismo original, se explica que un pastor protestante alemán pudo escribir un libro sobre la devoción a la Virgen que continuamente está agotado en las librerías y también se explica por qué en la Iglesia Anglicana se fundan hasta órdenes religiosas que llevan a María en su nomenclatura. Cómo desprecian hoy considerables fracciones del Protestantismo aquella doctrina absurda sobre Jesús el Galileo, hijo de un carpintero y de una mujer María, que sólo por error y falsedad pudo ser divinizado por los discípulos como para consolarse de su definitivo fracaso en la cruz y en el sepulcro. Pero como esta doctrina ya no tiene la autoridad que le quiso el Protestantismo liberal, sino se reemplazó por una nostalgia de los valores perdidos, casi podremos confiar la defensa de nuestra veneración de María a estos autores protestantes que emprendieron el regreso por medio de la "reforma callada" a un auténtico Cristianismo. Y lo que se refiere a las sectas intransigentes de carácter escatológico, nos pueden tener casi sin cuidado; jamás alcanzarán a destruír en nuestro país la natural inclinación de nuestras gentes hacia la verdad, y la verdad es María.

Digitalizado com CamScanner

Para pasar a otro argumento de los protestantes contra la Iglesia católica debemos hablar del sacerdocio y en especial del Papa. En una religión que interpretó mal desde tiempos de Lutero la idea petrina del sacerdocio general de todos los fieles, ya no había lugar para un sacerdocio oficial y jerárquico que era sacramento divino y daba poderes específicos en una estricta derivación o sucesión desde los apóstoles, sino todos los fieles debían ejercer el vago oficio de la interpretación de la Biblia. En tal iglesia protestante no cabía ya la idea de la Iglesia como sociedad visible con señales y características claras que hacían posible identificarla en todo tiempo y en todo lugar. Donde la iglesia es sólo comunidad espiritual e invisible de los fieles de recta fe, no cabía ya el carácter indeleble en los sacerdotes. Lutero ya abolió prácticamente este sacerdocio, aunque viendo muy pronto las graves y funestas consecuencias de esta su doctrina de negación, porque cualquier herrero o panadero quiso subir al púlpito para explicar como él entendía la Biblia, tuvo los más fuertes arranques de cólera contra estos espíritus de un misticismo falso y exagerado. Naturalmente, estos predicadores improvisados con su subjetivismo tenían razón y argumentaban contra Lutero con sus propios principios fundamentales; en una iglesia invisible sin sacerdocio jerárquico en efecto no hay lugar para un magisterio infalible que en todo tiempo garantiza la conservación de la verdadera doctrina de Cristo ni debía haber ya un sacerdocio investido de ese triple poder de administrar los sacramentos —que en el Protestantismo se desvanecían quedando sólo dos de ellos, el bautismo y la última cena— de enseñar respaldado por el don del Espíritu Santo en un magisterio de origen divino y de gobernar con verdadera autoridad divina, una jerarquía visible en su cabeza, el Papa, en sus auxiliares u obispos, en sus ayudantes o sacerdotes consagrados. Ajena la iglesia protestante a todas estas ideas, vió dividirse su grey por obra de cualquier nuevo sectario a quien no podía exigirle obediencia con ningún argumento válido. Esta aversión protestante contra el sacerdocio jerárquico se convierte en verdadero odio cuando se trata del Papado con sus prerrogativas de infalibilidad y de poder supremo. Podemos decir que Roma es para los protestantes la Babilonia corrompida y para los sectarios modernos la sede del diablo desde donde se difunde la confusión religiosa. La tiara del Papa es para ellos el símbolo de la perversión, del orgullo y de la mentira, de la destrucción de la verdadera fe y de la libertad religiosa. ¡Cuánto tiempo no duraron los teólogos protestantes en reconocer el hecho histórico de que Pedro había estado en Roma, de

que hubiera sido enterrado bajo los cimientos de la Basílica de Pedro en Roma, del Vaticano! Cualquier concesión en este sentido les pareció un paso hacia lo que de todas maneras tenía que negarse bajo pena de que el Protestantismo empezara a tambalear en sus fundamentos. A este odio agregaron las fallas humanas que necesariamente había de haber en el Papado a lo largo de dos mil años. Pero así comprendemos el odio fanático de los Adventistas y de los Testigos de Jehová contra el Papa. De lo que siente un católico fervoroso al estar en audiencia privada o pública con el Santo Padre en Roma, nada comprenden los protestantes. Aunque algunos de ellos confiesan la misteriosa influencia del Santo Padre sobre este mundo, y aunque su espiritualilidad y muchas veces su santidad personal parezca obvia para cualquier observador sin prejuicios, los sectarios efunden sobre su figura blanca y venerable todas las vasijas de su odio. Según ellos, la tiara papal lleva la inscripción "Vicarius Filii Dei". Interpretando las letras de esta inscripción con los valores numerales de las letras latinas —naturalmente omitiendo caprichosamente todo lo que podría estorbar sus "pruebas" da el resultado de 666 que es precisamente el número de la bestia, del animal perverso, del padre de la mentira, del diablo en persona en el libro del Apocalipsis. Aunque se les explica que la tiara papal nunca ha tenido tal inscripción, que el Papa nunca ha usado este título y que San Juan Evangelista, el autor del Apocalipsis escribió en griego y no en latín, todo esto no vale, porque son nuevas mentiras de los papistas al ver descubierto su secreto, y se sigue con el mismo cuento en la propaganda oral y escrita. Y aunque el Protestantismo oficial no sigue a las sectas milenarias en estas interpretaciones absurdas, su odio contra el Papa no es inferior, y la ofensa común y corriente que se nos hacía a los católicos en Europa es que somos "ultramontanos" o sea gente sin sentimientos de nacionalismo que recibe órdenes del Papa que vive allende los Alpes.

Pero no se crea que los argumentos protestantes o sectarios paren en las personas humanas de la Iglesia, como los Santos, María o el Papa. Hasta Jesucristo mismo y sus misterios, sobre todo el sacramento del altar, sufren los ataques continuos de las sectas. La divinidad de Cristo es el fundamento de todo verdadero concepto de El. Donde Cristo ya no es la segunda persona de la Santísima Trinidad, pierde su carácter divino, su divino poder, ya no está capaz de resucitar muertos ni de resucitar El mismo de entre los muertos, ni de hacer el milagro de la transubstanciación del pan y vino en Cuerpo y Sangre suya. Y si los católicos dirigi-

Digitalizado com CamScanner

mos los actos de verdadera adoración a las sagradas especies que ocultan la presencia de nuestro Dios sacramentado, esta adoración es idolatría. Tendrían razón los protestantes, si sus premisas fuesen verdad. Es la grande tragedia del Protestantismo haber perdido la fe en la divinidad de Cristo, pero es a la vez su gravísimo crimen "laesae majestatis" hoberles quitado a sus adeptos esta fe. Oigamos los argumentos de los Testigos de Jehová que les parecen suficientes para negar esta verdad, y que en verdad parecen el punto final de la deadencia del protestantismo. Según ellos, Cristo, antes de bajar a la tierra, era el arcángel más cercano a Dios, que llevaba el nombre "Quis ut Deus" o sea el San Miguel de la Iglesia católica. Mas este Jesús que se vió en la tierra, no era de naturaleza doble, divina y humana, como decimos los católicos, sino era un puro hombre. "La muerte" dice Rutherford, "era para Jesús la completa y eterna destrucción de su naturaleza humana". Su esencia, o su alma, dejó de existir durante el tiempo de su muerte. Pero esta alma suya, esta su esencia fue revivificada en la resurrección por Dios y recibió un nuevo cuerpo espiritual. "Con esto empezó la tercera etapa en la existencia de Cristo; por la resurrección recibió como premio de su obediencia para con Dios la inmortalidad que es prerrogativa de solo Dios. Dios le regaló esta nueva naturaleza, completamente divina, un espíritu divino y un cuerpo divino".

Como se ve, esta doctrina, desarrollada primero por un comerciante (Russell) y después por un abogado (Rutherford) de los cuales jamás ninguno había hecho estudios de los idiomas de la Biblia, de teología, de exégesis, de arqueología, de ciencia de religiones comparadas, sino sólo se basaban en su convicción personalísima de que Dios los iluminara contra todo el mundo teológico en forma directa, inmediata e infalible. Resulta ser cierta la palabra de un protestante escandinavo: "Quisieron acabar con el Papa infalible y ahora cada secta tiene su Papa infalible". En el sistema Rusell-Rutherford las ideas más abstrusas hacen un baile de brujas enloquecidas: Cristo cambia, dos veces, nada menos que su íntima naturaleza, siendo la naturaleza lo más invariable en la creatura. Lo que Dios metafísicamente no puede hacer, en el sistema de los Testigos de Jehová lo hace sin dificultad: concede a una criatura el ser Dios, lo que significa: hace de un ser creado un ser increado. Ahora ya nos imaginamos lo que una secta de tales creencias puede opinar y entender de un misterio como el de la Eucaristía. Donde hay la falta más tremenda de conocimiento de términos filosóficos y teológicos, deja un arcángel de existir, y de esta

nada nace el hombre Jesús. También éste deja de existir y de esta nada nueva nace un ser divino. ¿Qué personal puede conquistar en Colombia esta secta? Si conquistan algunos adeptos, es obvio que no se trata de manera alguna de un proceso sensato de convicción intelectual, sino de seguro se tratará de individuos cortos de inteligencia, desilusionados de los curas, resentidos, mentalmente enfermos. Una secta de estas puede darnos mucha luz sobre el proceso psicológico en la conversión, pero esta cuestión ya pertenecería a la tercera conferencia.

Es sabido que el fundador del protestantismo, Lutero, sentía ganas de negar la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar, pero honradamente confesó que el texto era demasiado convincente y por esta razón escogió una solución intermedia diciendo que Cristo está en la última Cena "en, bajo y con el pan". La doctrina protestante, sin embargo, llegó poco a poco al más puro nihilismo dogmático en este punto. Yo recuerdo por lo menos que muchachos protestantes que por primera vez en la ocasión de su confirmación debían comulgar, no gustándoles el sabor de la hostia, la pegaban debajo de la banca en que estaban sentados. Y en las hojas volantes de ciertas sectas pueden leerse diatribas de esta clase: "La Iglesia Romana enseña que el sacerdote, por medio de cánticos y rezos, puede cambiar un pedazo de levadura común en una cosa sobrenatural como el cuerpo de Cristo. Esa misma Iglesia enseña que el vino puede cambiarlo en la misma sangre de Cristo; que la creatura puede crear al Creador. Piense!"

Hasta ahora hemos visto cómo el Protestantismo ataca en forma muy variada diversos puntos de la doctrina católica. Pasemos, para completar el cuadro argumentista, a la exposición de los dos principios fundamentales del Protestantismo que quisieron dar a la religiosidad humana una base completamente nueva y a la vez según decían la más antigua, la original de Jesucristo mismo, y veremos cómo está equivocado en este punto más que en ningún otro, de modo que la "reforma callada" obligó a los elementos sinceros en el Protestantismo ya a declarar el fracaso de este esfuerzo de Lutero y los hace regresar a los principios fundamentales de la Iglesia antes de hacerse la Reforma.

Se habla de un principio material y de otro formal del Protestantismo. El principio material dice: El pecador queda justificado por Dios solo mediante la fe fiducial obrada por Dios en él, sin colaboración alguna del pecador.

Digitalizado com CamScanner

El principio formal del Protestantismo dice: La Biblia contiene toda la verdad salvadora de la religión cristiana, se explica a sí misma y se basta a sí misma.

Expongamos en primer lugar el principio material: El proceso de la justificación del pecador tiene su estructura y su desarrollo. Dios es el que solo y exclusivamente obra esta justificación. El pecador es apenas objeto pasivo durante este proceso. El pecador conoce la ley de Dios y a la vez su absoluta incapacidad de cumplirla, a consecuencia del pecado original que perdura en el hombre en forma de una absoluta corrupción en el plano sobrenatural y natural. La impresión que le hace este conocimiento, lo sacude fuertemente, tremendamente y lo lleva casi a la desesperación. Este estado interior es la contrición del pecador. Por medio de la lectura del Evangelio el pecador aprende la voluntad salvadora de Dios que sobre Cristo cargó todos los pecados de los hombres. De su estado de desesperación sale por la fe fiducial producida en él por Dios y que consiste en la convicción de que él también por la adjudicación de los méritos de Cristo puede conseguir el perdón divino. Clama por lo tanto por la sangre salvadora de Cristo sobre su alma. Dios declara ahora por esta fe fiducial el perdón del pecador, lo declara libre de sus pecados, y cubriendo con el manto de los méritos ganados por Cristo, lo ve hermoso, lo ve agradablemente transformado, pero no en el interior, sino el pecador, revestido así, apenas lo hace olvidar a Dios su interior corrupción. Se trata en el perdón de una imputación a favor del pecador que sigue pecador, se trata de una ficción legal que continúa por toda la vida del pecador, mientras este abriga en su corazón esa fe fiducial. El católico se cree santificado interiormente después del perdón y en el mismo, por medio de la gracia santificante; esta transformación santificadora no la cree verdad el protestante; él se sabe salvado por la fuerza de su fe fiducial aunque interiormente queda sin cambio alguno pecador como antes. De estas premisas saca Lutero la conclusión de que para el hombre corrompido interiormente no hay libertad de voluntad ni hay posibilidad de obras meritorias, y por tanto tampoco hay necesidad de tales obras que a lo mejor lo llevan al orgullo y le destruyen su fe fiducial. Ciertamente, Lutero conoce una diferencia entre obras buenas y obras malas, ¡cómo podría negarla!, pero estas obras buenas no son meritorias para el hombre, sino son apenas una manifestación natural de la presencia de la fe fiducial en su alma. Si se dice que son necesarias buenas obras, es esto por razón del prójimo y de la paz entre los hombres.

El principio formal del Protestantismo procede de la convicción de Lutero de la completa corrupción interior del hombre y de la exclusiva actividad de Dios en el negocio de la justificación humana. Como el pecador aprende de la lectura de la Biblia estos hechos y la fuerza salvadora de la fe fiducial, se puede decir que en el fondo la "palabra de Dios" es la que salva al hombre, y por esto el hombre tiene que dedicarse a la continua lectura de la Biblia. Pero no es la Iglesia que le abre el sentido de este libro salvador, sino conforme al principio material es el mismo Espíritu Santo que obra en el pecador este acertado entendimiento de la Biblia. La Iglesia sobra por tanto perfectamente en la vida del cristiano y por tanto pudo volverse en el Protestantismo una invisible comunidad de los hombres de recta fe. Naturalmente, dándole a la Biblia este papel decisivo, Lutero tenía que sostener que la Biblia contenía toda la verdad necesaria para la justificación, por lo cual sobra tanto la tradición como el magisterio eclesiástico. Y a pesar de que la práctica le enseñó pronto lo disolvente, lo negativo de su principio formal lo que más de una vez lo hizo exclamar en vista de la inmediata formación de sectas y disensiones: Si hubiera sabido todo esto desde un principio, jamás habría comenzado su obra reformadora; pero ya era tarde para echar pie atrás y el principio formal, germen de muerte de la unidad cristiana por la cual oró tanto nuestro Señor Jesucristo, queda en los cimientos del Protestantismo, produciendo a lo largo de los siglos este estado de confusión doctrinal y desunión comunitaria.

Hemos dicho que estos principios del Protestantismo son falsos. Lo vamos a probar ahora por medio de un testimonio que los protestantes no pueden rechazar, porque viene de su propio medio y seno. Porque todo lo que hemos argumentado hasta ahora indirectamente en contra, lo deben rechazar los protestantes, porque viene de la Iglesia y dogmática católicas. Por tanto hay que tomar los argumentos en contra del mismo Protestantismo.

En 1900 profesó en la capilla de los Jesuítas en Aarhus en Dinamarca la fe católica un ministro y profesor de Teología de madura edad que provenía del Protestantismo noruego. Después de serias investigaciones sobre cuestiones teológicas, el doctor Knud Karl Krog-Tonning sabía lo que hacía en este momento: dejaba los errores y volvía al verdadera Iglesia de Cristo, la católica. Si un profesor protestante escribe una obra dogmática de cinco gruesos tomos, es obvio que sólo apreciando toda la tradición cristiana desde los tiempos de los apóstoles hasta la época moderna puede hacerlo, porque la doctrina luterana, que desecha el valor de la tradición, cabe

Digitalizado com CamScanner



en un pequeño catecismo subjetivo y personal. Durante su camino hacia Roma, sus colegas le habían dicho al doctor Krogh-Tonning varias veces, que su modo de pensar lo iba a llevar a Roma, a lo cual siempre contestaba este hombre recto: Yo persigo la verdad, y si ella me lleva a Roma, tendré que seguirla hasta allá. Para justificar su paso, pero antes de darlo escribió un pequeño pero muy valioso estudio con el título "El Protestantismo actual" y de este estudio vamos a sacar los argumentos contra los principios fundamentales del Protestantismo". Existen, dice el autor "dos principios calificados por la ortodoxia protestante con grande convicción como sus principios básicos, como sus señales características y por medio de los cuales el Protestantismo se diferencia de la iglesia medieval, o sea el catolicismo. Uno de estos principios, el susodicho principio material, ha sido calificado en su importancia para la iglesia protestante con decir que con él está parada o se cae dicha iglesia, o sea es cuestión de vida y muerte para ella. Es la doctrina de la justificación de los hombres por la sola fe fiducial sin las obras de la ley, con la cual el Protestantismo creía superar y vencer el semipelagianismo anterior o sea la mezcla de las buenas obras meritorias en el proceso de nuestra justificación. Pero hoy está comprobado que a la iglesia antigua no la pueden culpar de haber enseñado el semipelagianismo. Tal acusación desconoce la realidad y se funda en un error histórico porque la Iglesia nunca enseñó el semipelagianismo. Mas la iglesia nunca pudo enseñar esta herejía ni puede hacerlo en el futuro, porque no sería la iglesia que goza de la asistencia del Espíritu Santo ni sería la columna y el fundamento de la verdad en este mundo. Pero también está comprobado que a consecuencia de una reforma callada y silenciosa se ha obrado un significativo cambio en el concepto de la doctrina protestante sobre la justificación. La doctrina dice en nuestros tiempos modernos que los intereses morales, éticos, poco apreciados en la opinión original del Protestantismo, merecen una mayor atención. No nos contentamos ya con la idea de que lo principal en la vida humana es el **aparecer** bueno y ser considerado bueno por Dios; se exige una idea nueva en la cual el **ser** bueno de verdad es lo principal. En otras palabras: volvimos a acoger de nuevo la muy antigua idea del cristianismo, de la ética, de la moral, y el Protestantismo de hoy ya no se distingue en este punto de la iglesia antigua prerreformatoria aunque no usamos todavía la terminología de la iglesia católica. La discusión sobre este problema ya no es sino una discusión por palabras, o de fórmulas dogmáticas, pero nuestro tiempo poco se preocupa de fórmulas, se preocupa

de valores reales, de modo que la justificación al modo protestante ya no puede ser lo que hasta ahora dicen, siempre haya sido, es decir, el deslinde típicamente protestante de la doctrina católica.

El segundo principio —prosigue el doctor Krogh-Tonning— o sea el formal, es la doctrina de la Biblia como única fuente y regla de la fe y de la vida. La ortodoxia protestante quería contentarse con la Biblia sola, con un principio bíblico sin acompañarlo de un principio eclesiológico, conforme a la idea fundamental del Protestantismo según la cual nadie debía entrometerse entre la Biblia y el individuo en su derecho ilimitado de explicar la Biblia a su modo. La Biblia, se decía, es en sí misma suficientemente clara para el individuo que sepa leerla. Para el cristiano que leyese la Biblia con honradez y rezase bajo la inmediata dirección del Espíritu Santo, la Biblia debía bastar. Pero esta confianza en un principio exclusivamente bíblico se ha minado de día en día más, y esto desde dos lados: de parte de la crítica liberal que con sus resultados negativos en cuestiones de autenticidad de los libros bíblicos, con su aserción de una falsificación intencional de la Biblia por los mismos apóstoles, en fin con su trabajo destructivo en general consiguió minar la fe de los cristianos en la infalibilidad de la Biblia. Minó por tanto la confianza en el principio formal del Protestantismo, la confianza en que la Biblia sola era fuente y norma suficiente de la fe. Mientras así el Protestantismo por su crítica liberal y negativa trabajaba por cortar el ramo en que estaba sentado, y minar el suelo en que estaba fundado, el trabajo de las sectas y partidos en la Iglesia llevaba a iguales consecuencias. Sin fin se presentaban nuevos individuos que interpretaban la Biblia a su modo, quiere decir de un modo loco y abstruso. Pero a fuerza de aquel principio protestante de que para leer y entender la Biblia no precisaba más que la luz interior del Espíritu Santo, reclamaban todas estas sectas el derecho de igualdad con el Protestantismo oficial. Nadie pudo negarles este derecho, ni aún en aquellos casos en que claramente habían caído en el error más manifiesto o en un misticismo falso, porque este derecho de la libre investigación de la Biblia que los unos reclamaban para sí, mal pudieron negarlo a los demás. El principio formal de la libre investigación de la Biblia es un principio enteramente subjetivo, subjetivista y según él cada cual puede juzgar si su interpretación está de acuerdo con la Biblia o no. En vista de tales experiencias tristes el Protestantismo se vió obligado a modificar su principio formal. Se tenía que imponer la convicción de que este principio de la auto-suficiencia de la Biblia era un principio prematuramente establecido que ya no se

Digitalizado com CamScanner

podía sostener con las amargas discusiones y los alegatos sin fin a la vista. En todo caso, el Protestantismo ha tenido que reconocer los siguientes hechos innegables:

1º—El que Cristo ni siquiera dió a los Apostóles el encargo de escribir una Biblia, sino que, al contrario, fundó una iglesia con el encargo de predicar oralmente su doctrina.

2º—Que a pesar de la pretendida claridad y suficiencia de la Biblia todos los cristianos están discutiendo sin fin acerca de la recta interpretación hasta de los pasajes más fundamentales de la doctrina de Cristo en la Biblia.

3º—Que la misma Biblia en ninguna página reclama un carácter de claridad y suficiencia; antes se podría decir todo lo contrario, pues el primero de los Apóstoles, San Pedro, dice en su segunda epístola (3.15 y ss.) que los escritos de San Pablo son muy difíciles de entender lo que lleva a muchos a entenderlos mal para su propio perjuicio espiritual. ¿No es acaso que San Pedro enseña aquí claramente las perniciosas consecuencias de un principio formal exclusivamente bíblico?

4º—Que la Iglesia cristiana ya llevaba bastantes años en su existencia antes de que se formase la Biblia.

5º—Que la cuestión de qué libros pertenecen a esta Biblia, no ha sido dirimida por una intervención directa y sobrenatural de Dios, sino por asambleas eclesiásticas.

6º—Que ha sido cosa, no del individuo, sino de la Iglesia conservar el texto de la Biblia, que sufría desde muy temprano dudas acerca de detalles textuales, de su forma pura y legítima.

7º—Que nunca ha sido ni puede ser cosa del individuo juzgar sobre este proceso de formación de la Biblia, sobre la exactitud de la traducción de la Biblia a varios idiomas, y esto a pesar de que sobre esta Biblia el individuo debía construir el edificio de su salvación y poner en ella la esperanza de su bienaventuranza. Entre la traducción de que se sirve hoy un cristiano para su lectura y el texto original hay una infinidad de eslabones que la absoluta mayoría de los cristianos ni siquiera conocen.

8º—Que finalmente no podemos fundar nuestra esperanza de salvación sobre un texto de Biblia o sobre una traducción de ella, sin que al lado de ella y fuera de ella exista una autoridad firmemente fundada que nos garantice un texto correcto y una traducción auténtica.

¿Pero dónde encontramos esta garantía sobre el origen, la autenticidad y la traducción correcta de la Biblia, la limpieza de su texto en su total y en sus detalles? ¿En la ciencia? La ciencia no sirve sino a muy pocos, el resto de los hombres no la puede controlar. En todas partes, pues, se siente la necesidad de un complemento para el principio formal del Protestantismo, pero este complemento no puede ser sino de origen divino, porque sólo en una garantía divina puedo yo confiar en este asunto importantísimo de mi salvación. Entonces ¿dónde encontramos una tal garantía divina? Sólo en la Iglesia fundada por Cristo. Es el principio eclesiológico que debe completar en principio bíblico. La conciencia de esta necesidad se ha abierto paso en muchos de nuestros protestantes. Pero si estos dos principios fundamentalmente protestantes ya no tienen el mismo valor que antes, entonces tampoco la iglesia protestante tiene ya la solidez de antes ni la tienen sus características iniciales y originales que recibió en su fundación. Para convencerse uno y creer que nuestra iglesia protestante, luterana desde su principio, esté todavía sostenida por su ortodoxia original uno tiene que hacerse de verdad muchas ilusiones y engañarse a sí mismo. Si es cierto que hay fuertes tendencias de entender nuestro principio material en un sentido más ético y el principio formal del Protestantismo en un sentido más histórico, más tradicional como si fuese un factor solamente parcial y con necesidad de estar en manos de la Iglesia, entonces hay que concluír que estas tendencias tienen carácter católico hacia una iglesia universal. Estas ideas, antes de la reforma, eran opiniones comúnmente aceptadas y aún hoy la mayor parte del cristianismo las comparte. La cuestión entonces es esta: "¿está la iglesia protestante capaz, por medio de sus principios fundamentales, material y formal, de llegar a un concepto eclesiológico o está ella condenada a una descomposición de día en día más grande y aterradora?"

Estarán ustedes conmigo de acuerdo en que una condenación más decisiva, más clara e irrefutable de los principios fundamentales del Protestantismo no puede haber ni de boca de un católico; aquí la iglesia protestante misma, en sus elementos sinceros, ha dictado su sentencia sobre estos principios: nos equivocamos, erramos. O regresamos al principio, a la Iglesia antes de la reforma, es decir la santa católica, apostólica, romana, o nuestro fin será la descomposición y podredumbre.

Digitalizado com CamScanner

concreta

III

En esta tercera conferencia trataremos sobre los problemas psicológicos relacionados con la fe cristiana en sí misma, en su origen y en cuanto a la situación concreta y muy variada de los hombres frente a la tarea de poner el acto de fe cristiana, no sólo en el momento de su adquisición, sino también para su ulterior conservación; no sólo en la adquisición de la fe sin que hubiera habido anteriores factores contrarios en el individuo —digamos en la formación de la fe en un niño nacido de padres católicos y que en su desarrollo intelectual y personal debe hacer de la fe recibida como gracia y hábito en el bautismo, una fe personal— sino también cuando haya habido factores adversos, errores intelectuales o disposiciones afectivas contrarias por ejemplo en el caso de un hereje que resuelva convertirse a la verdadera y sobrenatural fe católica. Hemos de tocar por lo tanto tres problemas psicológicos distintos o sea: la transformación de la fe habitual en una fe de convicción personal; la conservación de esta fe en el adulto contra las tentaciones preparadas por la presencia y actividades de las sectas en Colombia, y finalmente el problema de la conversión de los herejes a la fe católica. En el segundo problema incluímos el de la reconquista de los católicos que apostataron a una fe sectaria.

Para poder analizar y comprender estos tres problemas aparentemente muy distintos, es necesario hacer un análisis de la fe cristiana y sobrenatural y de su génesis bajo doble aspecto de la obra de Dios en la fe y de la obra humana en llegar a la fe o en conservarla.

El ser humano en su lado espiritual que se compone de intelecto, voluntad y afectos, es el que ha de preocuparse de la adquisición de la fe. Teóricamente es posible el que el ser humano con las puras fuerzas naturales de su intelecto, voluntad y afectos llegue a la conclusión de que el contenido de la fe cristiana es divino,

Digitalizado com CamScanner

es digno de ser creído y que existe hasta obligación de parte del hombre de aceptarla. Pero aún suponiendo esto, no llegaríamos a un "actus salutaris" o sea una fe saludable, suficiente para la salvación eterna del hombre, pues esta fe saludable del cristianismo es sobrenatural: en cuanto a su autor, Dios; en cuanto a fin, también Dios quien da la bienaventuranza eterna; en cuanto a su modo de formación, o sea una cooperación específicamente sobrenatural entre Dios y el hombre; y finalmente en cuanto a su contenido que son las verdades reveladas. Si se tratara de una fe puramente natural, tendríamos a pesar del concurso general de Dios, una obra esencialmente humana, por las conclusiones intelectuales que realiza el hombre sin ayuda exterior o enseñado por maestros, ayudado por una enseñanza, discusiones religiosas, lecturas o el ejemplo de otros cristianos. Pero como se trata de una fe sobrenatural en cuanto a su autor, fin, modo y contenido, la génesis de la fe específicamente cristiana en los hombres es una obra compleja y misteriosa de la gracia divina y del hombre que colabore con ella.

En esta obra misteriosa hay varios factores conocidos y otros desconocidos. Conocida es la naturaleza espiritual del hombre en general, son las leyes psicológicas que rigen sus procesos intelectuales, las pasiones y afectos que suelen intervenir en la toma de sus posturas, etc. Pero desconocidos son otros factores: en primer lugar la obra misteriosa de la gracia, su fuerza en cada caso, su medida, su momento de intervención, y en segundo lugar la naturaleza concreta de cada hombre; por ejemplo no se sabe qué fuerza tienen en él los factores de herencia, carácter, tradiciones familiares y ambientales, etc., de modo que la obra de la adquisición y conservación de la fe es una obra llena de misterios, de riesgos, de obstáculos desconocidos, lo que convence al cristianismo que tal obra no se puede efectuar por mero esfuerzo humano interior o exterior, sino tiene que ser acompañada de la oración humilde en que se le pide a Dios la fe para uno mismo y para los individuos que tratamos de conservar o atraer a la Iglesia católica.

Describamos a continuación en cuanto nos sea posible, detalladamente el proceso del nacimiento de la fe en los seres humanos.

La fe viene del cielo a esta tierra como un regalo, viene de Dios que se adelanta a los hombres que lo buscan, cae como un suave insensible rocío en el corazón humano. A pesar de que en la vida concreta, la aceptación de la fe se realiza por lo general artículo por artículo, o sea en elementos separables uno de otro, queremos tomar aquí la fe como un todo, un conjunto. Esta fe, entonces, es

sobrenatural en su aspecto moral o ético y en su aspecto intelectual. En su lado ético debe encontrar en el hombre una cierta disposición moral, un respeto del Ser divino o, como dicen los teólogos, un "plus credulitatis affectus", una base afectiva de piedad. En cuanto al lado intelectual, se produce en el hombre no simplemente un conocimiento, sino una asimilación por medios cognoscitivos a la manera como Dios conoce las verdades, pues se trata de conocer y creer cosas divinas de un modo divino, y no solamente cosas terrenales de un modo natural. Estos factores, el afectivo y el intelectual, los produce el mismo Dios en el hombre con su gracia que la llaman el "lumen fidei"; aquella gracia que eleva y cura al ser humano en su naturaleza que es pesada, tanto por la composición de un elemento material, el cuerpo con otro espiritual, el alma, como en su situación real y concreta después de la caída en el pecado original que ha causado perturbación entre sus distintas facultades antes bien coordinadas. De ahí que puede suceder que el hombre a pesar de convencerse intelectualmente de una verdad, no la quiera aceptar por las consecuencias que ella traería, las obligaciones morales que implican el deber de dominar las pasiones y afectos en una forma prescrita por Dios. Por esto decimos que la gracia de la fe, el "lumen fidei", eleva y cura para producir su efecto en el alma, la aceptación del contenido de la fe por parte del hombre. Es artículo de fe, que esta fe cristiana y sobrenatural es producida por Dios, es un don sobrenatural y gratuito, y no efecto de esfuerzos puramente naturales del hombre, que busca la fe ni del que como apóstol de la fe trate de convencer a otro hombre para que la acepte. Dios interviene y hay fe; no interviene y no hay fe. No podemos obligar por meros razonamientos a hombre alguno a poner el acto de fe sobrenatural, ni el hombre mismo que esté buscándola, puede producirla en sí mismo por su querer. Dios da la fe, ella es una gracia gratis data.

Entonces, ¿qué lugar ocupan las capacidades humanas propias y la influencia ajena sobre los hombres en este proceso de nacimiento de la fe? Los actos propios del hombre y la obra ajena ejercida sobre él parecen como una preparación, una disposición para esta fe. Pero aún estas disposiciones se deben a una gracia divina previa. Nadie puede justificarse ante Dios por sí mismo; es Dios quien hace esta obra, solicitando a toda hora la cooperación humana, sin prescindir jamás de ella. Dios justifica no contra el hombre ni sin el hombre, sino con el hombre. El "lumen fidei", en sus verdaderos orígenes, es algo como una revelación interior que hace aceptables las verdades contenidas en la fe, parece ser un

Digitalizado com CamScanner

llamamiento divino, una solicitud amorosa, un suave empuje hacia la fe. El "lumen fidei" convierte y transforma los juicios especulativos del hombre en juicios prácticos y efectivos, juicios no meramente teóricos, sino cargados ya de un interés afectuoso en encontrar la verdad, en honrar a Dios en sus revelaciones, en moverse hacia El. Podríamos decir que el "lumen fidei" transforma en el alma la fe materialmente ya concebida en una fe formalmente concebida, en una postura de piedad en cuanto a la credibilidad del contenido de la fe y de su autor. Se crea en el hombre, en un clima afectuoso, una matriz, dice Scheeben, de la cual nacen hábito y virtud de la fe de los cuales finalmente se produce el acto concreto del "Yo creo".

Naturalmente este proceso no es igual en todos los hombres. Porque los hombres son distintos, desde un principio, por factores de herencia, carácter, capacidad intelectual y preponderancia del intelecto, de la voluntad o de los afectos, uno sobre otro, es decir cada hombre es una combinación de estos factores y circunstancias en distinta medida. Nosotros vemos a los hombres mucho más uniformes de lo que son en verdad. Para simplificar nuestra vida comunitaria registramos lo común en los hombres: todos tienen necesidad de comer, todos crecen y duermen, todos raciocinan, quieren y sienten. Pero no olvidemos, para admirar debidamente la sabia obra divina en la producción de la fe saludable en cada uno de ellos, lo distinto que en el fondo son. Ninguno es igual al otro, luego ninguno puede ser tratado y movido de modo igual, sino Dios acierta maravillosamente en cada caso, a causa de su omnisciencia e inmensa sabiduría, bajo el impulso de su infinito amor, de modo distinto, considerando la situación interior y concreta de cada uno de sus hijos. Emplea su gracia sobrenatural, para producir la fe en los hombres, con todo tino y acierto; emplea gracias variadísimas en fuerza, medida y caracteres, aptísimas para la estructura espiritual, los antecedentes y situación exterior de cada uno de los hombres.

Pero esta obra divina, aunque parezca realizarse detrás de profundos velos, se puede adivinar, ver y comprender hasta cierto punto por los hombres tanto en la introspección personal como por la atenta observación pedagógica. Los padres realmente entendidos, maestros y profesores, sacerdotes y confesores y el apóstol amante y consagrado están llamados a coadyuvar a esta obra divina. Esta posibilidad de cooperación con la obra divina en el nacimiento y la conservación de la fe en el hombre, es un deber cristiano.

Ya hemos visto que papel juegan el intelecto humano y sus afectos, su emotividad en el nacimiento de la fe. Pero la voluntad no es de inferior importancia en este proceso. No se puede querer, ciertamente, sin que antes haya habido algún proceso intelectual acerca de la credibilidad de la fe. Normalmente el proceso corre así: el hombre oye y trata de entender la palabra exterior de la fe; pondera los argumentos que se le presentan, pero a continuación ya se asocia la voluntad al esfuerzo humano. Ella, hacia el lado de la afectividad produce con la gracia divina la piedad, hacia el lado práctico empuja el intelecto a resolverse en favor o en contra de los argumentos meditados. No todo lo que parece intelectual, es puramente racional y debido al intelecto, la fe también se debe a la voluntad. En otras palabras: el hombre entero pone el acto de la fe. La adhesión a las verdades se produce intelectual, voluntaria y afectuosamente. Sin embargo, nadie vaya a creer que por la misteriosa influencia de la gracia de Dios, del "lumen fidei", el resultado, el decir "Yo creo" no sea una obra verdaderamente humana. Al negar esto, llegaríamos a un Calvinismo más irritante de predestinación. Si Dios con su gracia fuerza al hombre, llega a la fe y se salva, diría Calvino. Si el hombre no llega a la fe, ni se salva, es porque Dios no le dio el "lumen fidei". La Iglesia católica, a pesar de que ella sabe del misterio de la absoluta libertad divina en la repartición de sus gracias —recuerden el "¿Se pone tu ojo envidioso porque yo soy bueno?", de la parábola evangélica—, nunca se ha inclinado en favor de una predestinación que no deje al hombre todas las posibilidades de salvarse por la cooperación voluntaria con la gracia y por tanto deja al hombre toda la responsabilidad de su salvación. En la palabra de Jesús lo que más se percibe, es la posibilidad que concede Dios a la voluntad humana: "El que cree y se deja bautizar, se salvará; y el que no cree ni se deja bautizar, se condenará". La gracia divina deja en el nacimiento de la fe un amplio campo a la voluntad humana, y esto por dos aspectos: primero, en el contenido de la verdad divina hay una oscuridad inherente de sus verdades porque el testimonio divino está rodeado de misterios, de oscuridades para el hombre natural y no es convincente de un modo evidente, de modo que deja lugar a que la voluntad se sustraiga a su obligación de creer y haya campo para dudas y la negación. Este campo precisamente da lugar al mérito humano en el acto de fe: la sumisión humilde en la fe es la que honra a Dios su autor y merece por lo tanto como obra libre y racional un premio sobrenatural. Pero fuera de esta ineviden-

Digitalizado com CamScanner

cia absoluta en el contenido de la fe y en su testimonio, hay otro campo para la voluntad humana y el consiguiente mérito humano: contra lo que diga bajo la influencia de la gracia divina el intelecto y contra lo que digan los afectos ya interesados en el proceso intelectual, se levantan en el hombre las pasiones naturales. El hombre no es tan tonto para no maliciar en seguida a donde lo quiere llevar el intelecto con el reconocimiento sobre esas verdades sublimes, sino al contrario es tan astuto para consigo mismo que no sólo aplaza la obligación que el intelecto y los afectos le quieren imponer, sino disfraza este aplazamiento con una especie de "camouflage" para poderse entregar por más tiempo a sus inclinaciones naturales, pasiones o vicios. Dice "No puedo creer" donde debía decir "No quiero creer". Vuelve a sacar dificultades y objeciones ya aclaradas por el intelecto para poder seguir, hasta con aparente sinceridad y honradez intelectual, en sus pasiones o vicios. El orgullo humano, la cobardía humana, el respeto humano, la carne, el miedo, la pereza, el aprecio de la libertad, todos estos son nombres y hechos que hay que tener en cuenta en la explicación de la vacilación frente al acto de fe, y dan verdadero campo para el mérito y demérito sobrenatural. No hay sólo una lejana posibilidad de que el proceso de la fe se vea perturbado por la voluntad, sino antes existe en el hombre caído una fuerte inclinación a dar preferencia a la voluntad y no al intelecto.

Ya hemos analizado buena parte del funcionamiento interior del "lumen fidei" y de su enlazamiento con los factores humanos. Se trata de un proceso que por lo general se realiza en el Sagrario del alma, lejos de cualquiera publicidad. Pero muchas veces llega a ser tan angustioso, tan difícil de resolverlo sin ayuda, que el hombre se exterioriza, busca esa ayuda, pregunta y consulta, no siempre con serenidad, sino a veces en forma burlesca y satírica para disfraz de su angustia —y ahí está la tarea del apóstol cristiano—. Debemos estudiar a fondo nuestra fe cristiana, sus fundamentos racionales y el proceso psicológico del nacimiento de la fe como también las formas apologéticas de la discusión, para que ésta sea prudente y efectiva, para poder cumplir con este sagrado deber de ayudar a los que buscan la fe o están en peligro de perderla o ya cayeron en la trampa de los errores y tratan de reorientarse nuevamente hacia la fe de su niñez.

Todos los que quieren trabajar en este campo apostólico, debían tener por lectura general aquellos libros que tratan de las conversiones de los heterodoxos hacia la fe católica. Las autobio-

grafías de los convertidos dan mucha luz sobre todos los problemas intelectuales, afectivos y psicológicos de la adquisición, formación y conservación de la fe. Su lucha para llegar a ella, a la claridad intelectual, al vencimiento de los afectos humanos que educación y ambiente les han formado, finalmente la fuerza inmensa de voluntad que a veces necesitaban para imponer su resolución al dictamen todavía oscuro de su intelecto y para vencer sus pasiones desordenadas, todo esto, en forma cada vez distinta, en un porcentaje muy variado de participación de aquellos cuatro factores de gracia, intelecto, afectos y voluntad, es una lectura utilísima e indispensable para conocer y comprender lo que por voluntad de Dios quizá nos haya sido ahorrado, pero que forma la cruz intelectual, afectiva y volitiva de tantos hombres perturbados en la fe o privados de ella.

Al principio de esta conferencia ya hemos indicado que el problema tiene tres caras distintas: la adquisición de la fe sobrenatural, consciente después de haberla recibido en el bautismo como gracia infusa y hábito; la conversión de los heterodoxos cuyo intelecto y corazón están llenos de prejuicios y afectos adversos contra la verdad revelada y predicada por la Iglesia católica, y finalmente la reconquista de los apóstatas. Es obvio que el trabajo de la gracia divina es fundamentalmente el mismo en todos estos tres grupos, a pesar de que la individualidad humana le dé innumerables matices de sabia adaptación. Pero también es obvio que el trabajo humano para preparar la disposición para la aceptación de la fe, es distinto en los individuos de cada uno de estos tres grupos. El trabajo en el primer grupo se podría llamar positivo, de profundización, de fervorización, de comprensión de lo ya recibido, y por este motivo de aquí en adelante menos nos vamos a ocupar de él. Quedan pues, los otros dos grupos: el converso y el apóstata. En el converso se trata de una sustitución del error por la verdad y muchas veces de los afectos de adhesión, de fidelidad a la secta a que pertenecía, se trata además del vencimiento del respeto humano y de afectos de indignación por los errores supuestos en la Iglesia católica a la cual se habrá de convertir. En el caso del apóstata, del ex-católico se trata de dar pasos para atrás, lo que psicológicamente incluye dificultades especiales del orgullo humano. Existe además el peligro de una indiferencia total en el campo religioso a causa de las desilusiones, primero de la Iglesia católica, y después y quizá no muy tarde de la secta escogida. Finalmente, estando las cosas como están, el regreso de la libertad religiosa aprendida en la secta pro-

Digitalizado com CamScanner

testante, que no conoce la obligación de la misa dominical, ni de la recepción de los santos sacramentos, y entre ellos de la confesión, causa no pocas veces dificultades considerables.

Las armas principales en manos del apóstol católico son estas: la oración fervorosa por la gracia divina indispensable, como hemos visto; una caridad y paciencia no comunes para acompañar al individuo hereje o apóstata en su tortuoso camino hacia la verdad, y finalmente una capacidad intelectual para poder refutar los errores en discusión.

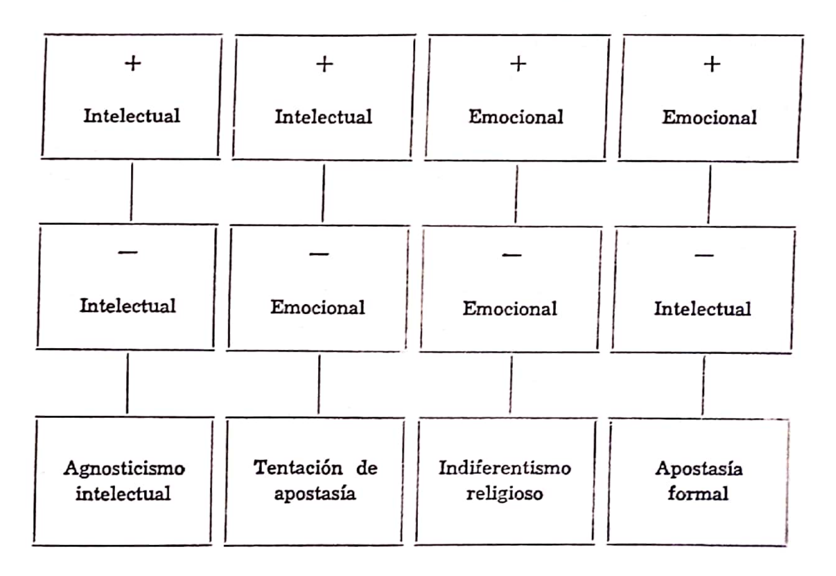
Pero aún suponiendo estas cualidades y actividades en el apóstol, precisa darle instrucciones sobre un problema psicológico que nunca deja de presentarse en una u otra forma. Hemos visto que el acto de fe procede del hombre entero que en él participa toda la personalidad humana, el intelecto, la voluntad y los afectos, que funcionan con distinto porcentaje de participación bajo el suave empuje del "lumen fidei".

La voluntad tiene una tarea más bien indirecta, la de producir la adhesión a las verdades representadas por el intelecto y los afectos. Estos dos últimos, al contrario, toman posiciones directas frente al contenido de la fe. En otras palabras, uno puede aceptar la fe cristiana en una forma racional y puede adherirse también a ella en forma emotiva, según las capacidades intelectuales del individuo y la preferencia de intelecto o afectos en la vida de ellos. Hay vida religiosa preferencialmente fundamentada por el intelecto, y hay otras en que prevalece el aspecto emotivo. Entre los conversos y los apóstatas hay de ambas clases: uno puede convencerse de la infalibilidad del magisterio de la Iglesia, el otro se siente atraído por la hermosura de la liturgia católica. Claro está que por lo general ambos factores existen y, entran en acción en forma mezclada, mixta y simultánea, pero con todo esto es cierto que uno de ellos suele llevar ventaja sobre el otro. Hay conversiones preferencialmente intelectuales, y otras preferencialmente emotivas. Y mucho importa analizar bien a las personas en cuestión para servirles y ayudarles en donde ellas reaccionan mejor y exigen más ayuda. Es cierto que si el intelecto se adelanta, hay que completar la vida religiosa más tarde con elementos emotivos que causan verdadera satisfacción emocional de haber hallado la fe, de ser católico; si los afectos se adelantaron, hay que proporcionarle al individuo más tarde y sin demora —por la volubilidad de la vida emotiva— una cimentación con elementos racionales para asegurarle la estabilidad y la continuación de su vida católica.

Para mostrar mejor estas dos modalidades, podemos valernos del medio de un esquematismo que ciertamente por ser esquemático, no capta todas las facetas mixtas y variadas del proceso, pero sí orienta en forma clara sobre lo esencial del problema psicológico escondido aquí. En este esquema tomamos lo intelectual católico como un elemento, un valor posititvo, lo intelectual sectario como elemento negativo. Por "intelectual" entendemos tanto la postura personal preferentemente intelectual como el impacto intelectual que recibe tal tipo en la convivencia con el sectario. Igualmente tomamos lo "emocional católico" como un elemento positivo (con la misma interpretación de postura e impacto) y lo emocional sectario como elemento negativo. Con este entendimiento se pueden dibujar con gráfica claridad las distintas posibles situaciones y resultados de ellas. Pueden sobrevenir sobre las posturas católicas intectual y emocional elementos negativos de carácter sectario de tipo intelectual y emocional creando situaciones conflictivas nuevas, lo que nos representaría las posibles situaciones para el posible apóstata de la religión católica. (Cuadro I). Igualmente podrían sobrevenir sobre las posturas sectarias intelectual

CUADRO I

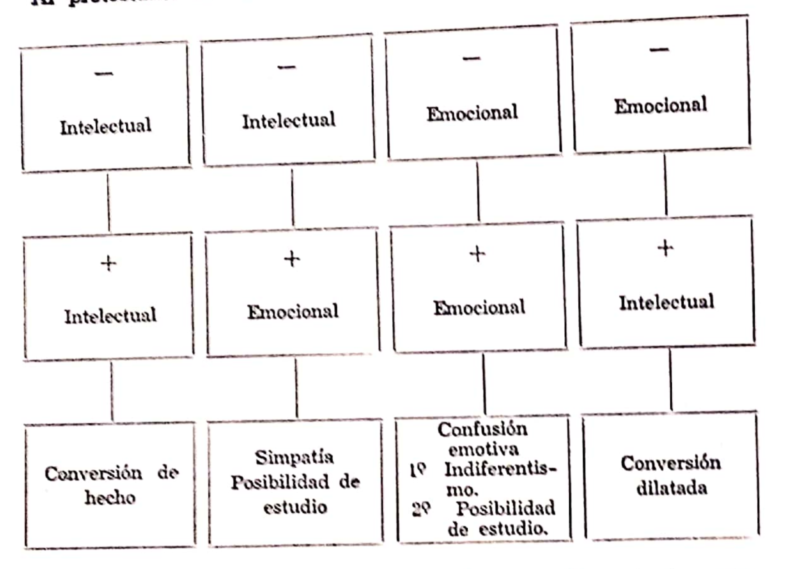
Al católico sobrevienen los elementos negativos sectarios.



Digitalizado com CamScanner

CUADRO II

Al protestante le sobrevienen los elementos católicos positivos.



y emocional elementos positivos de carácter católico de tipo intelectual y emocional lo que nos llevaría a las eventuales situaciones del posible convertido a la religión católica (Cuadro II).

Damos la explicación de estas distintas situaciones conflictivas:

1º En el católico en el cual la adhesión a la fe católica carecía de valores emotivos que lo vinculen a su fe católica, el resultado de la ideología sectaria negativa en él, será el "agnosticismo intelectual".

2º En el católico de postura puramente intelectual elementos emotivos de carácter sectario y negativo, formarían apenas una tentación de pasarse al campo adversario.

3º En el católico puramente sentimental, sin formación intelectual, el impacto de una emotividad negativa adversa, crearía una indiferencia religiosa no rectificada por argumentos intelectuales.

4º En el católico puramente sentimental el impacto de una argumentación intelectual efectiva produciría la apostasía formal.

5º En el protestante de orientación intelectual la superior argumentación católica produce de hecho su conversión.

6º En el protestante intelectual el impacto de los valores emotivos del Catolicismo producirá una simpatía que hace posible un estudio intelectual de la religión católica.

7º En el protestante puramente emocional, la emotividad católica crearía o esa indiferencia de "que todo es lo mismo" o por sus valores podría abrir las puertas para ulterior estudio intelectual.

8º En el protestante fuertemente emotivo, la argumentación positiva del Catolicismo, producirá la conversión lenta, dilatada hasta que se venza la adhesión emotiva a la religión de sus padres.

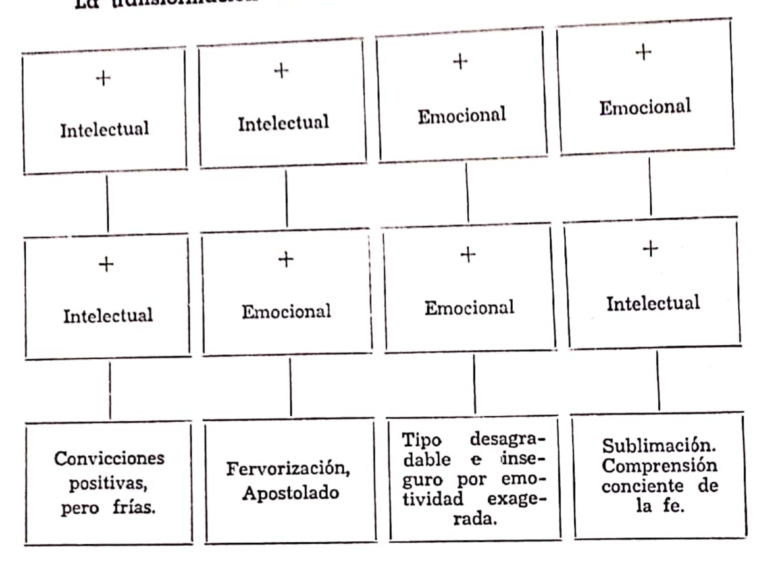
Esto en líneas generales y suponiendo siempre, conforme es verdad, la superioridad de la argumentación intelectual católica (la verdad objetiva) y la superioridad del mundo emotivo católico (derivada de la verdad objetiva con una abundancia que satisface las exigencias sentimentales del alma humana: culto a la Madre, comunión de los Santos, necesidades estéticas del culto, etc.). El esquematismo naturalmente no incluye la multiforme variedad de posturas humanas mixtas y toda la escala de fuerza que pueden tener los argumentos intelectuales y los valores emotivos en su realización concreta en el mundo interior y exterior del hombre.

A estos cuadros podemos agregar, sólo para completar el panorama, el cuadro que ilustra la situación del católico de nacimiento en el cual ha de profundizarse la vida de su fe y hacerse consciente esta vida, para llevarlo al estado de católico "adulto" mentalmente. De modo que el término de "niño" incluye a todos aquellos católicos que a pesar de su mayor edad física prosiguen todavía en la postura interior de un niño, que se alimentan, como lo dice el Apóstol San Pablo, todavía con leche cuando ya debían comer sustancias sólidas. Tal atraso naturalmente hace a nuestros católicos indefensos ante el trabajo de los sectarios. En el católico maduro, formado, cuya intelectualidad y emotividad tuvieron un sano y adecuado desarrollo, en que ya no se hallan necesidades y exigencias pueriles, los protestantes perderían con mucha probabilidad todo su trabajo. Ni los alicientes de su beneficencia (alimentos, escuelas, etc.) valdrían mucho frente a un criterio y a una postura madura, armónicamente desarrollados. Donde el catecismo infantil se convirtió en un sólido anclaje dogmático, donde la emotividad del católico adquirió verdadera madurez reemplazando la adhesión inconsciente y tradicional a la religión católica por la sentimentalidad equilibrado de un sincero amor y consciente fidelidad a su iglesia, el católico fácilmente declina cualquier insinuación del protestantismo.

Digitalizado com CamScanner

CUADRO III

La transformación del niño católico en hombre maduro.



Explicación del cuadro:

1º En el católico que en su madurez no dispone de una emotividad sana, hay opiniones bien cimentadas, pero no comprenderá su deber de apostolado.

2º El católico de tipo intelectual se fervoriza por la saturación con una emotividad sana y sirve para el apostolado.

3º El católico ignorante y exageradamente sentimental forma el contingente de los beatos y de posibles adeptos de las sectas escatológicas.

4º A la preponderancia de los sentimientos en la niñez se agregan los conocimientos posteriores formando al católico maduro e igualmente apostólico de su Iglesia.

En nuestras labores apostólicas debemos analizar de qué tipo psicológico se trata en los casos concretos de nuestro trabajo; cuáles son los elementos que más necesita en la formación religiosa de su vida y aún en la adquisición de la fe. El estudio del aspecto psicológico de cada caso nos ayuda grandemente a acertar con la situación individual tanto de los posibles convertidos

como de los apóstatas. Así el trabajo apostólico se lleva a cabo con más perspectivas de éxito. A nuestra juventud le ayudamos efectivamente a dar los pasos necesarios para llegar a la madurez espiritual; a los posibles conversos les proporcionamos sabiamente, sin celo impaciente, sin desaciertos, los elementos que les hacen falta, o sea, tanto la argumentación intelectual como el acceso a los valores emotivos de la Iglesia de Cristo; y a los apóstatas finalmente se les descubren las fallas que los han llevado a este paso fatal, se les rehace la base intelectual de su reintegración a la Iglesia verdadera, o se usan los valores sentimentales que los conectan nuevamente con la vida emocional de nuestra religiosidad. A tal trabajo no le puede faltar tampoco el elemento divino, la gracia divina que imploramos incesantemente sobre todos ellos para que a pesar de los estragos hechos por los hombres vuelva a integrar en esas almas necesitadas la plena vida cristiana.

Digitalizado com CamScanner

OBSERVACION FINAL

¿Es grave el problema protestante en Colombia? ¡Cuántas veces no oímos preguntar en esta forma!

Sí, es grave el problema protestante en Colombia ante la pastoral como arte de llevar todas las almas de la Iglesia hacia su meta final. Indudablemente el Protestantismo ha traído a nuestro país perturbación y zozobra. Las almas están en peligro de perder el tesoro de la verdadera fe, de equivocarse de camino, de cometer el pecado insensato de la apostasía y de dar escándalo unas a otras. Es tan grave el problema que la Iglesia católica, sus pastores y sus fieles deben hacer máximos esfuerzos para conjurar este peligro para las almas. Más que cualquier procedimiento externo vale la resuelta labor de una formación integral de nuestros fieles. No hay medios legales para impedir la llegada de más y más sectarios; pero sí hay modo para paralizar su trabajo perturbador: no un "antiprotestantismo" ciego, sino un trabajo bien pensado y organizado, sin nerviosismo de ninguna clase, porque detrás de la labor de la Iglesia católica está el Señor que la fundó.

Por esto a la vez decimos que no es grave el peligro del Protestantismo en Colombia. Las bases para la existencia y la supervivencia de la Iglesia son divinas. La organización divina de la Iglesia no falla. El católico que disiente de ella, se separa de ella. El Protestantismo, al contrario, lleva todos estos gérmenes de disolución y descomposición continuamente en su seno, y ésto por sus mismos principios fundamentales. El Catolicismo, a pesar de sus defectos humanos, es en todos los tiempos, un organismo sano, divino; el Protestantismo a toda hora es una obra humana mal conceptuada, amenazada desde dentro en la forma más trágica. Porque cuanto más se aferra a sus principios equivocados, tanto más aumenta el peligro de su descomposición y de su inefectividad.

Digitalizado com CamScanner

Impreso en los talleres de
la Cooperativa Nacional de
Artes Gráficas, Ltda. Calle
2ª, Nº 8-75 - Tel. 46-43-03.
Bogotá, D. E. (Colombia).

Digitalizado com CamScanner